

Serie terror
THANATOS

Michael Bannister

Los crímenes
de «El obsoleto»

NOVELA INEDITA



EDICIONES FORUM

**Michael
Bannister**

**Los crímenes
de «El obsoleto»**

EDICIONES FORUM

1.ª edición: febrero 1985

Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S. A.
Paseo de Gracia, 88, planta 5.ª 08008 Barcelona.

© Texto: Michael Bannister

© Cubierta: Prieto - Ag. Norma

ISBN: 84-7598-068-0

Depósito Legal: B-2370-1985

Fotocomposición: Catalana de Fotocomposició, S. A.
Consejo de Ciento, 500. 08010 Barcelona.

Impresión: T. G. Soler, S. A.

Enric Morera, 15. Esplugas (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España, febrero 1985

Las situaciones y personajes de esta novela son ficticios.
Todo parecido con la realidad es mera coincidencia.

PRIMERA PARTE

1972: Génesis

CAPÍTULO 1

De allí subió a Bétel; y según iba por la pendiente, salieron de la ciudad unos muchachos y se burlaban de él, diciéndole: «¡Sube, calvo! ¡Sube, calvo!». Volvióse él a mirarlos y los maldijo en nombre de Yavé, y saliendo del bosque dos osos, destrozaron a cuarenta y dos de los muchachos.

De allí subió al monte Carmel, desde donde se volvió a Samaría.

REYES, cap. 2, vers. 23 a 25

Reginald Colman, profesor de lenguaje de la Eton School de estudios superiores, paseó por encima del entarimado sobre el que se asentaba su mesa, con expresión absolutista, mirando a sus silenciosos discípulos con aire inquisitorial, hasta detenerse en el centro de aquélla, de cara al sigiloso alumnado.

Dijo, igual que si fuera a comunicarles que el gobierno de Su Majestad había reconocido la soberanía española de Gibraltar:

—Señor Freeman...

El aludido se puso en pie inmediatamente lo mismo que si un oculto resorte en el fondo del asiento lo hubiera proyectado hacia arriba.

—¿Sí, señor Colman?

El profesor inspiró furiosa, sonoramente, como si hiciera media hora que no respirase.

—Su examen de redacción es de un incongruente tan enorme, es algo tan terriblemente absurdo, que no he tenido más remedio que pasarlo a Dirección. Y lo he hecho, señor Freeman, para que en ningún momento pueda decirse que tengo ojeriza o alevosía hacía alguien. Ya le dije a su padre el mes pasado...

Edward Freeman, alcanzando el punto álgido de su reconocida

timidez, estaba rojo como una enorme mancha de sangre y temblaba visiblemente.

—Señor Colman... —se atrevió a balbucir no obstante—. ¿Es necesario que hablemos de esto públicamente?

El profesor, congestionado, estalló:

—¡Señor Freeman! ¡Cállese! ¿Cómo diablos se atreve a decirme lo que debo o no debo hacer? ¿Es posible que, además de ser un torpe recalcitrante, se haya vuelto usted loco? ¡No se atreva a interrumpirme otra vez cuando esté en el uso de la palabra!

Hizo un alto en su agresiva verborrea que pareció dedicado a obtener de nuevo el dominio del aparato neurovegetativo. A lo que le ayudó, al parecer, retocarse el nudo de la corbata, hacer varios «tics» moviendo el cuello de izquierda a derecha y sacudirse unas hipotéticas motas de polvo del bajo de la chaqueta.

—Señor Freeman —habló luego, bastante más pausado y más incisivo también—: Está usted perdiendo el tiempo y haciéndonoslo perder a los demás. Y lo que es más grave, malgastando, tirando el dinero de su señor padre. Aunque no dejo de reconocer que su padre es bastante responsable, culpable diría yo, de esta incómoda situación. Usted, señor Freeman, intelectualmente es una nulidad; una total y absoluta nulidad.

Edward Freeman tragaba saliva a borbotones. Tenía el rostro, más que rojo, encendido. Su temblor iba *in crescendo* amenazando con sonorizar el silencio con el tableteo de los dientes. Hacía esfuerzos sobrehumanos por no llorar.

Edward Freeman habría deseado fervientemente que la tierra se hubiese abierto bajo sus pies, tragándolo.

Edward Freeman habría sido el más feliz de los humanos muriéndose en aquel mismo instante.

—Señor Freeman —prosiguió el profesor Colman, metódico e implacable. Hasta cruel podía decirse—, volviendo a su estúpido examen, debo advertirle que si en la próxima evaluación usted no observa un cambio radical, cosa que se me antoja imposible, me veré en la penosa obligación de suspenderle. Supongo que está preguntándose cuáles son los defectos hallados en su trabajo para que lo califique con tanta dureza, ¿no? Pues le diré...

Hizo una nueva pausa que más que encaminada a otorgarse un respiro dio la sensación de estar dirigida a fomentar un espacio de

tiempo en blanco que los demás alumnos aprovecharían para cambiar gestos irónicos, miradas maliciosas, cuchicheos, risitas... Hechos estos que contribuirían poderosamente a destrozar el ya desestabilizado sistema emocional de Edward Freeman.

—Los defectos son —prosiguió al fin—, todos. Su examen, señor Freeman, es una auténtica apología a la incoherencia. Errores sintácticos, cacofonías, desconexión entre la línea argumental y las supuestas interpretaciones que usted hace de la misma... Y por si todo eso fuera poco, se empeña usted, reiterada y machaconamente, en utilizar un lenguaje barroco ya en desuso. No se puede tratar un tema de actualidad con esa retórica ochocentista y menos todavía apoyar vacíos argumentos con frases estandarizadas que tuvieron su razón de ser en otras épocas, dentro de otros contextos. ¿Se imagina usted, señor Freeman, a un vendedor de detergentes de esos que lavan más blanco que ningún otro, haciéndole el artículo a una jovencita de dieciséis años conectada con las nuevas corrientes y los modernos códigos de comunicación, en estos términos: «Beso su mano, mi querida señorita, y le pido perdón por atreverme a insinuarle que su corsé, su corpiño y sus pololos quedarán lácteos como una nevada en los Alpes si los lava a la orilla de su automática con “Bioespuma”, le ruego que no lo olvide, señorita»?

La reacción no se hizo esperar.

La carcajada fue unánime, explosiva, general e hiriente.

Edward Freeman tuvo la certeza de que se trataba de la descarga del pelotón de ejecución al que se hallaba enfrentado.

Las risas no cesaban.

—¡Silencio! —gritó Colman, muy satisfecho interiormente por haber arrancado aquella respuesta multitudinaria de su auditorio. Repitiendo con fingida indignación—: ¡Silencio he dicho! —Después, encarándose de nuevo con el alumno objeto de su *tortura* oral, dijo—: Señor Freeman, resulta usted anticuado en todas sus manifestaciones externas, lo que hace suponer que en las internas se encuentra anclado en el mil seiscientos. Si tuviera que calificarle con un adjetivo que hiciese justicia a su forma de proceder, lo cual no me gusta, no me gusta de veras adjetivar a nadie, diría que es... un obsoleto nato. Y añadido al calificativo la palabra nato porque entiendo que uno puede ser anticuado en sus manifestaciones por deformación adquirida del entorno en que se desenvuelve, por

acercarse incluso a un objetivo determinado, pero en su caso, el hecho es secular, endémico, ancestral... Usted nació *obsoleto* y morirá *obsoleto*.

Hizo una pausa.

Colman se adjudicó un tercer alto para luego, seguidamente, machacar de manera contumaz y literal al hundido y anonadado Edward Freeman con toda una serie de largas y farragosas teorías que justificaban sobradamente que le hubiera etiquetado como «el obsoleto».

Diez minutos después, prosiguió la clase.

CAPÍTULO 2

«*Impasse*» era el nombre del *pub* ubicado en las inmediaciones de la Eton School, donde un buen número de sus alumnos se precipitaban, sedientos y escandalosos al término de las clases, para degustar «cubatas» y *gin-tonics* mientras repasaban a voz en grito las novedades habidas durante el día.

—¡Eh, Simpson! ¿Por qué no le preguntas a «el Obsoleto» si quiere un cubalibre o un «Ivanhoe»?

—A lo peor prefiere un «Camelot» calentito.

Carcajadas y críticas. Porque el tema de actualidad, obviamente, era Edward Freeman. Al que a partir de aquella fecha se le conocería, *in saecula saeculorum*, como «el Obsoleto».

Freeman fue el blanco de las pullas de la mayoría de sus compañeros de clase, muy en especial de Jeremy Adams quien desde siempre había creído estar en posesión del patrimonio nacional inglés por lo que al buen humor y refinada ironía británica hacía referencia; o sea, que iba por la vida y se las daba de gracioso nato en todo momento y lugar.

Se acercó a Freeman, que se había sentado en solitario en la última mesa del último rincón, musitando al tiempo que se inclinaba hacia aquél:

—No te preocupes por el examen, Ed. Ese Colman es un auténtico gilipollas. A ti lo que de veras te ha de preocupar es la noche de bodas, el día en que te cases con tu «media-obsoleta», pero... —Le dio un manotazo en la espalda—. Pero si tú y yo seguimos siendo amigos, te solucionaré el problema. ¡Un primer *polvo* a tu salud y luego, tú, a seguir la pauta establecida! ¿De acuerdo Ed? Te la dejaré a punto de caramelo... ¿Para qué estamos si no los amigos, verdad?

Hubo risotadas.

—¡Yo me ofrezco voluntario para romper ese *precinto*! —gritó burlonamente.

—Sois muy simpáticos...

En aquel instante, una preciosa pelirroja de grandes ojos azulados se acercó donde estaba Jeremy Adams —que además de su condición de maestro de la ironía estaba convencido de ser el «guaperas» de la Eton School—, maliciosamente, y empujando contra él sus belicosos senos, saludó:

—¿Me echabas de menos, bonito?

Jeremy, consciente de que Edward Freeman en su ostracismo obsoletista estaba silenciosa y locamente enamorado de la panocha quinceañera de pechos respingones y ojazos color mar, acarició descaradamente las nalgas que ella llevaba, como si de un milagro se tratara, embutidas en un estridente *blue jeans*, diciéndole:

—Algo, prenda. Edward es el que está desesperado frente a tu ausencia. Oye, nena, ¿cómo te las arreglas para meter ese culazo dentro del pantalón?

Ella lanzó una procaz risotada.

—¡Manitas que tiene una, chato! —Luego, mirando a Freeman y cogiéndole la barbilla con los dedos para hacerle alzar la cabeza, preguntó—: ¿Es de veras que suspiras por mí, Ed?

El muchacho que pasaba alternativamente del rojo al lívido con velocidad de vértigo, musitó:

—Por favor, Vivien. Déjame.

—¿Me quieres, sí o no?

—Sí...

Ella insistió:

—¿Y qué harías conmigo si yo te dejara?

Carcajada general y respuesta de otro «ingenioso»:

—Preguntarle a Jeremy qué se hace con una chica como tú cuando se despelota.

Poco a poco, Edward Freeman fue convirtiéndose en el blanco total de las chanzas, cada vez de peor gusto, de cuántos alumnos de la Eton School se encontraban en el *pub*. Incluso de aquellos que pertenecían a otros cursos.

Una escandalosa rubia a la que más de uno había sobado a fondo y metido caña —pues era del dominio público que le iba la «marcha» cantidad, cosa que ella no hacía nada por ocultar, como

tampoco escondía la explosividad de sus encantos y lo orgullosa que se sentía de ellos—, bajo los efectos de más de un «cubata», se plantó delante de Freeman comenzando a desabrocharse la blusa como si fuera la *première* estelar de un *show* de *strip-tease*.

Cuando sus caudalosos pechos quedaron totalmente al descubierto balanceándose ante los ojos atónitos de Edward, ella, grosera, agitándolos, le gritó:

—¡Eh, Ed! ¿Qué te parecen mis argumentos? ¿Crees que son tema para una redacción ochocentista? —Los hacía oscilar, frenética, sintiéndose feliz e hilarante frente a la turbación casi apopléjica del atribulado Freeman—. ¿Cuál te «comerías» primero, tragón?

—¡Leche... —clamó uno tras la rubia—, vaya par de «domingas»! Vanessa... ¿Dónde escondías todo eso?

—Como le ponga una a Ed en la boca tendrá que pedir oxígeno... —comentó jocoso otro de los «coñones».

—El pan por señas es lo que tendrá que pedir...

Lo que aquella pléyade de gamberros y gamberras hicieron con Edward Freeman por espacio de más de media hora fue literalmente inhumano.

Incluso lo arrinconaron impidiéndole la salida del *pub* cuando él, trémulo y sollozante, les suplicó que lo dejaran marchar.

Hasta que apareció su ángel de la guarda en forma de espléndida morena de rostro sereno y ojos negros que, abriéndose paso a codazos entre la multitud de energúmenos que la gozaban en grande «crucificando» a Freeman, tomó la mano del muchacho arrancándolo del lugar.

—¡Dejad paso, imbéciles! —les gritaba ella—. La distracción se ha terminado. Vamos, Ed... ¡He dicho que dejéis pasar!

—El espectáculo es bueno, Moira. Lo has interrumpido cuando Vanessa iba a bailarle a Edward la danza de los siete velos.

Moira Leigh, sin soltar la mano de Freeman, se encaró con el bravucón.

—¿Por qué no te la llevas a casa para que la baile a tu padre?

El muchacho, crispado, alzó la diestra.

—¡Moira!... —exclamó—. Que te la juegas... ¿eh?

—Si me pones la mano encima —le escupió ella con enorme coraje—, te pateo lo poco que tienes de hombre. ¡Qué! ¿Te atreves?

La dejaron salir llevándose a «el Obsoleto».

Ya en la calle y sin atreverse a mirarla a los ojos, musitó:

—Gracias, Moira. No merezco lo que acabas de hacer por mí.

—Podrías enamorarte de mí —pidió ella sin rubor—, ¡y todos contentos!

—Ojalá pudiera, ojalá...

—¿Estás loco por Vivien, verdad?

Agachando todavía más la cabeza, admitió:

—Sí... De no ser por eso, ¿crees que volvería jamás a la Eton School?

Moira Leigh, con mucho cariño, acarició las mejillas de Freeman.

—Supongo que no, Ed.

—Es un impulso que no puedo dominar, Moira.

—Lo entiendo —le sonrió ella afectuosa. Ampliando—: Sé por experiencia que en los sentimientos no se manda. Pero se pasa fatal, ¿verdad?

Freeman trató de trocar en sonrisa el gesto de amargura que troquelaba sus facciones.

—Sí...

—De todas formas, Ed, sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Gracias...

SEGUNDA PARTE

1984: Apocalipsis

CAPÍTULO 3

Al que maltrata a su prójimo se le hará como él ha hecho: fractura por fractura, ojo por ojo, diente por diente: se le hará la misma herida que él haya hecho a su prójimo.

LEVÍTICO, cap. 24, vers. 19 y 20

Eran cerca de las dos de la madrugada cuando Vanessa Lindsay, tan rubia, exhaustiva y sensual como siempre, llegó a su apartamento en el 18 de Mount Street, muy cerca de Hyde Park.

Mirándose al espejo en un acto que tenía mucho de narcisista, se recreó recorriendo con ambas manos su abrupta orografía tan deseada por los alpinistas del sexo, mientras pensaba en la de pasiones que su cuerpo continuaba despertando luego de haber doblado la esquina de los treinta.

Hundió los dedos en los glúteos poderosos para deslizarlos después sobre los muslos prietos...

Evocando las situaciones vividas pocos minutos atrás en compañía de Edward Freeman, que la había hecho gozar lo indecible.

Era curioso el cambio experimentado por Ed, sí; aunque cuando se reunía algún grupo de exalumnos de la Eton School, contemporáneos de Freeman, al referirse a él, le seguían llamando «el Obsoleto». Pero de eso, ella lo sabía mejor que nadie, nada.

Curiosa, sí, la metamorfosis sufrida por aquel muchacho tímido que había acabado por convertirse en todo un hombre. Hombre como el que más. Hombre de una pieza.

Aunque era dato a considerar que toda la suerte de que careciera en la adolescencia le había caído de pronto, como llovida del cielo, inundándole con un generoso diluvio de concesiones, especialmente económicas.

Un hermano solterón del padre de Ed —considerado la oveja

negra de la familia— que había desaparecido del mapa londinense con despedida a la francesa como quince o veinte años atrás, dio señales de vida inesperadamente... señales de muerte era lo más ajustado a la verdad, a través de un notario de Houston, Texas, EE.UU., para comunicar a Edward Freeman que su tío había fallecido a causa de un paro cardíaco nombrándole heredero universal en su testamento. Resultando que el aventurero solterón era propietario del 30 % de las acciones de una compañía petrolífera que navegaba viento en popa, compañía la cual había puesto precio a la herencia de Freeman resultando así que éste, de la noche a la mañana, se tropezó en las manos con treinta y cinco millones de dólares.

Como las desgracias nunca vienen solas, cuatro meses después fallecía el padre de Ed que, hijo único por los cuatro puntos cardinales, se había encontrado con otra sustanciosa herencia que le convertía, así por las buenas, en una de las primeras fortunas de Londres.

Comenzando de esta forma, claro, la transmutación de «el Obsoleto».

Ella, Vanessa, alimentó durante una temporada la esperanza de que la pasión lujuriosa que sus pechos seguían despertando en la traumatizada psiquis de Freeman fuera suficiente para llevarlo al juzgado y hacer de él su marido. Pero no fue así, no. Ed la deseaba obsesivamente, eso era cierto. Pero amar, seguía amando a la jodida pelirroja.

Vivien McGill, muy zorra ella a la vista de los hechos, plantó a Jeremy Adams un mes antes de la boda concertada casi un año atrás, vistiéndose de blanco (¡que ya era tener cara!) para darle el «sí» a Edward y recibir las bendiciones del presbítero anglicano de turno.

Pero Ed, que luego de hacer suya a Vivien quitándosela a Jeremy pareció darse por satisfecho —como orgulloso estaba de haberle comprado al padre de aquél, por cuatro cochinos chavos, su industria dedicada a la fabricación de televisores, computadoras y ordenadores, que se hallaba en franca bancarrota—, quiso humillar a su mujer acordándose del cuerpo de ella, de Vanessa, de sus pechos enloquecedores por supuesto, convirtiéndola en su amante favorita.

Eso, era obvio, había representado para la espectacular rubia de magníficos *considerandos*, un cambio sustancial en su depauperada cartilla de ahorros.

Aquella noche sin ir más lejos, cuando habían abandonado el hotel de Mornington Crescent donde acudían habitualmente a escenificar su solaz sexual, él, discreto como siempre, le había metido en el bolso mil libras contantes y sonantes.

Lo más curioso del caso. Vanessa seguía pensando en silencio a la par que seguía recreándose también en la contemplación de su cuerpo voluptuoso sobre el que prodigaba excitantes caricias, era que Edward, ni aun a cambio de su espontaneidad económica hartó pródiga, le había exigido rigurosa exclusiva en la *utilización* de sus encantos.

Vanessa, muchas veces, no acababa de entender a Freeman. Quizá seguía siendo un «obsoleto» inveterado, incurable... Quizá el dinero a manos llenas le había llevado a la conclusión de que todo carecía de importancia... El caso concreto era que Edward no había presentado la menor objeción al hecho de que ella se viera con otros hombres; se acostase con otros hombres.

En el fondo, casi la molestaba aquel acto de tolerancia... de despectiva tolerancia quizá.

Aunque la rubia, por evitar cualquier violencia o por una extraña y *sui generis* concepción de la ética, le había ocultado al multimillonario que se veía con Jeremy.

—¡Pobre Jeremy Adams! —pensó en voz alta, turbando el silencio de su coquetón dormitorio.

Porque Vanessa, de siempre, le había amado. Aunque la presencia de Vivien por un lado, la gula sexual de la propia Vanessa por otra, y las circunstancias por la suya, habían hecho que los encuentros de la pareja fuesen esporádicos y presididos siempre por el disfrute exclusivo de la carne. Ella había intentado en alguna ocasión insinuarle sus sentimientos. Pero la voracidad con que Jeremy se producía delante de sus encantos la disuadió del empeño, ya que aquélla era una clara evidencia de que él sólo la deseaba.

Cuando más había intimado Jeremy con ella, cuanto más comunicativo se había mostrado, fue a raíz del golpe moral que significó para él que Vivien lo plantara en redondo para irse a la cama con Edward a costa de ser su esposa.

—¡Ese hijo de perra —le comentó a Vanessa pocos días más tarde de la boda— ya se ha cobrado con creces las putadas que le hice en la escuela! ¡Vaya que sí!

—Olvidalo, Jeremy —le había aconsejado la rubia entre besos, caricias y orgasmos—. No te puedes pasar la vida llorando tus penas ni pensando en lo que pudo ser y no fue. Tienes que sobreponerte y triunfar otra vez.

—¿Cómo, dime cómo? —se lamentaba el gracioso «guaperas» de la Eton School—. ¿Se ha conformado sólo robándome la mujer? ¡No, qué va! Lo ha planeado todo para joderme a modo. La fábrica también... ¡ha comprado la fábrica de papá! ¿Y ahora, qué?

—Tú sabes que la fábrica estaba en la ruina...

—¡Yo la habría levantado! Había iniciado gestiones con una multinacional italiana... También estaba en estudio la posibilidad de un préstamo por parte de dos entidades bancarias londinenses si yo les demostraba que la empresa se podía relanzar. ¡Juro que lo habría conseguido, pequeña! Pero ese mal nacido lo ha estropeado todo escamoteándome la posibilidad de demostrar lo que valgo.

—¿Quieres dejar de amargarte, Jeremy? Piensa en mí. Te necesito, te deseo...

—En lo que tengo que pensar es en la manera de vengarme —Adams estaba obsesionado, inmerso en un clima de permanente angustia y desesperación. Una idea fija predominaba en su mente condicionando cualquier pensamiento: la de que Edward Freeman era el culpable exclusivo de su ruina a todos los niveles—. ¡He de vengarme, maldita sea! ¡He de hundirlo! ¡He de conseguir su descrédito! ¡He de hacer que se arrastre por el fango de la vida deseando la muerte como mal menor!

—¡Jeremy, te lo ruego! ¿Quieres calmarte? Si no ordenas tus ideas acabarás volviéndote loco.

Con todos aquellos recuerdos y pensamientos, escenas y situaciones, barajándose dentro de su rubia y un tanto pérfida cabecita, Vanessa Lindsay había renunciado por fin a contemplar su desnudez cubriéndola con un remiso camisón lleno de insinuaciones mientras pasaba, con estudiados movimientos lo mismo que si alguien pudiera verla, igual que si tuviera cerca al que excitar, a sentarse frente al tocador para cepillar lánguidamente su esponjosa y abundante melena dorada.

Se dedicó una sonrisa satisfecha a través del espejo mientras reanudaba el hilo de sus reflexiones.

Por la misma razón que a Ed, le había ocultado a Jeremy su relación con aquél. No podía evitar en ocasiones un sentimiento de inquietud y desasosiego al imaginar la reacción de ambos hombres si se enteraban del juego que se llevaba con los dos.

¡Bah! ¿Quién iba a decírselo?

Nadie.

Porque nadie sabía que era de los dos, y para su propia desgracia, de ninguno.

A quien ella odiaba de veras, tanto como Jeremy pudiese odiar a Edward, era a la zorra de Vivien.

¡Todas las putas tenían suerte!

¡Qué bien había sabido montárselo la muy lagarta!

—En fin... —suspiró, prosiguiendo la tarea de cepillar sus largas hebras de oro—. Yo no voy a obsesionarme como Jeremy en concebir una cruel venganza contra Vivien. ¿Para qué? ¡No vale la pena! Al fin y al cabo me acuesto con su marido y tengo la certeza de que él me desea más a mí y encuentra mayor placer en mi cuerpo que en el suyo. ¿Dinero?... ¡No tengo ni que pedírselo! ¿De qué voy entonces a preocuparme... de qué? Vivo como una reina y...

Se apagó.

De repente.

CAPÍTULO 4

La luz se había apagado de repente sumiendo la estancia en una total oscuridad.

—¡Vaya, lo que faltaba! —exclamó malhumorada, dejando el cepillo y disponiéndose a salir del dormitorio—. ¿Dónde diablos dejé las velas la última vez?

Tanteando la pared en busca del dintel de la puerta, Vanessa Lindsay, sin saber exactamente por qué, comenzó a experimentar una íntima desazón.

MIEDO...

Lo que en realidad estaba sintiendo, lo que cobraba fuerza y presencia dentro mismo de su ser, en lo más profundo de su corazón empezando a atenazarlo... *era el miedo*.

¿Por qué?

¿Acaso era la primera vez que se quedaba sin luz a causa de una avería?

Además, ella nunca...

Pero ¿de qué estaba tratando de convencerse?

¿De qué nunca había sentido miedo?

¿Y si intentaba convencerse de *eso*... era porque ahora lo tenía?

¿Por qué?

Ella no... Ella nunca...

Vanessa, inquieta al máximo, trató de escarbar en aquella confusión de conceptos que convertían su cerebro en un hervidero inconexo, mientras por fin encontraba el hueco de la puerta y lo cruzaba, hacia el *living*, con pasos cortos, tan inseguros como vacilantes.

Lo entendía, sí.

Entendía el porqué de aquel agobiante dilema.

En ocasiones precedentes no había experimentado la menor inquietud frente a la falta de fluido eléctrico a una causa natural, a

una avería... Pero ahora, en aquel instante, Vanessa Lindsay estaba convencida, segura, de que el motivo por el que la luz se había apagado repentinamente era irracional.

Alguien había manipulado en el contador eléctrico de su apartamento, sumiéndolo en las tinieblas.

Alguien...

¿Quién?

¿Por qué?

—¡Maldita sea mi estampa! —exclamó con rabia, mentalizándose para caminar con soltura y decisión hasta la cocina donde, sin duda y lógicamente, debía haber dejado las velas la última vez—. ¿Cómo puedo ser tan estúpida?

Se detuvo, bruscamente, igual que si en la oscuridad y ante ella acabara de surgir una pared, un muro tan invisible como infranqueable.

Al comprender que la explosión oral, el estallido, obedecía exclusivamente a la necesidad perentoria de escuchar su propia voz... De empujar con aquel sonido, lejos de sí, el miedo envolvente que lo mismo que un alambique de misterios y oscuridades la succionaba por segundos, se apoderaba de ella con más y mayor virulencia.

—¡Dios mío! —Zozobró—. ¿Qué me está sucediendo?

Se había inmovilizado como una estatua de carne, aproximadamente en el centro del *living*, incapaz de dar un paso. Convencida de que si no desterraba de sí aquel terror asfixiante jamás lograría moverse de allí.

De pronto, comenzó a temblar.

A temblar escandalosamente.

No era el frío sino el pánico lo que flagelaba aquella naturaleza de explosivo derroche lúbrico, aquel cuerpo sensual y excitante que enloquecía a los hombres. Era el pánico, sí, el que ahora lo azotaba con ramalazos espasmódicos, convulsionándolo, haciendo que Vanessa hubiera cruzado brazos y manos contra sí misma en patético abrazo que pretendía protegerla de algo...

¿De alguien?

La saliva se había convertido en un pegote de cemento que obstruía tráquea y esófago impidiendo la respiración, dilatando los pulmones por la falta de aire y acelerando los aldabonazos

angustiosos de su víscera cardíaca cuyo sonido, como por arte de magia, había logrado huir de la cavidad torácica para estallar en el exterior poblando de lúgubres ecos el silencio de la estancia sumida en tinieblas, poniendo la inquietante impronta de un tañido funeral...

Si lograba alcanzar la ventana y descorrer las cortinas entrarían puñaladas de penumbra en el *living* y ello le permitiría llegar a la cocina con menor dificultad, más suelta y tranquila...

PUÑALADAS...

¿Por qué había pronunciado *in mente* la palabra *puñaladas*... por qué?

Vanessa comprendió que, en pocos instantes, su desbocada imaginación había creado en torno a sí un mundo de siniestras fantasías, de tétricos presagios, que iban a terminar enloqueciéndola si no se sobreponía devolviéndose la tranquilidad y aceptando lo real y lógico de una escena que su psique, merced a un lúgubre malabarismo, había distorsionado.

¿Cómo se podía dejar de tener miedo?

¡Maldita luz!

Pero... ¿no había aceptado ya que la causa del apagón era irracional? Entonces... ¡maldito mil veces el hijo de puta que estaba jugando a destrozar sus nervios!

¿Y si después de todo se trataba en verdad de una avería?

Escuchó.

¡NO!

«Toc... toc, toc... toc, toc... toc».

Vanessa tuvo la sensación, fugaz sensación, de que la cabeza le daba vueltas y que el desmayo iba a producirse de un instante a otro. Pero no pasó de eso, de sensación. O de percepción. Como solía sucederles a quienes padecían problemas de cervicales cuando se producía un pinzamiento de vértebras.

«Parece que vaya a morirme de un momento a otro», aseguraban los enfermos.

Eso mismo acababa de sucederle a Vanessa Lindsay.

«Toc... toc, toc... toc, toc... toc».

Seguía inmóvil, aterrorizada, con mayores dificultades para respirar a cada segundo, pegado el corazón a la garganta y galopando más que latiendo, escuchando claro, en la oscuridad y el

silencio, aquellos aldabonazos ensordecedores...

«Toc... toc, toc... toc, toc... toc».

¿Su corazón?

No.

No era su corazón.

Estaba segura de que eran pasos.

Pasos que se acercaban lentamente desde muy lejos... Pasos de unos pies que habían iniciado aquel siniestro trayecto en una lejana dimensión diabólica para terminarlo allí, a su lado, junto a ella...

Estaba convencida de que los pasos se producían prácticamente dentro de su ser mientras que el eco flotaba encima, debajo, a la derecha, a la izquierda, cerca, lejos...

«Toc... toc, toc... toc, toc... toc».

¡No era su corazón! ¡No lo era!

Vanessa estalló, de súbito, en el paroxismo del terror que la había envuelto... Rompió la alucinante espiral fantasmagórica que se había adueñado de su voluntad con aquel aullido desgarrador, animal, que hendió silencio y tinieblas como la hoja afilada de un fascinante cuchillo:

—¡¡¡Noooooooooooooooooooo!!!

Una atroz convulsión zarandeo su naturaleza como debió de sucederles a los posesos del medievo, sujetos con cadenas a las mohosas paredes de sucios y lóbregos calabozos, donde permanecían confinados con su horripilante calvario para el que no se conocía mejor terapia que la violencia y el terror.

Fue una sacudida brutal que dio la sensación de cercenar su cuerpo y recomponerlo al mismo tiempo.

—Vanessaaaa...

Aquello, había sido real.

La voz...

La voz que acaba de pronunciar su nombre y pretendía desfigurarse con aquel eco cavernoso.

Pero la había reconocido, ¡sí!

Era la voz de...

—Vanessa...

La rubia, por primera vez desde que el juego sin razón de su mente la había catapultado a aquellas coordenadas de locura, trató de sobreponerse y alcanzar la lógica que le permitiese recuperar la

realidad.

Se trataba de una broma, claro.

De una absurda y estúpida broma de él. De...

—¿Eres *tú*, verdad?

—Sí, Vanessaaaa... Yo. ¿Acaso esperabas a otro?

Siguió ella, en su línea coherente ahora, preguntando:

—¿Por qué todo eso, cariño? ¿Sabes que has estado a punto de hacerme reventar de miedo?

—Vas... *vas a reventar* de miedo, Vanessaaaa...

—¡Pero! —El terror volvía a impactar de nuevo, en forma de zozobra, contra el cuerpo voluptuoso de la rubia—. ¿Qué estupideces estás diciendo?

—Voy a *jugar*... contigo —la voz que trataba de rodearse de una siniestra aureola le dio peculiar entonación al vocablo «jugar»—. ¿A eso le llamas estupidez, muñeca?

JUGAR...

Vanessa sabía perfectamente que el juego al que se refería él no era otro que el juego de la muerte. No existía razón que lo justificara. Era inhumanamente disparatado. Pero era así. El juego de la muerte, sí...

¿Por qué?

La hembra, cuya imagen parecía rebotar dentro de un macabro laberinto de diabólicos espejos, devolviéndosela con expresión de terror cada vez mayor, con acento de pánico mayúsculo en la mirada, comprendió cuán enorme era el miedo que sentía hacia la muerte.

JUGAR...

Con un quebradizo hilo de voz, consiguió articular:

—¿Es... es que te has vuelto loco?

Él respondió lúgubre.

—He estado siempre loco, pequeña. *Siempre*... Pero ninguno os habéis dado cuenta. Ahora, mi enfermedad se ha agravado, ¿sabes? Sólo aquellos que estáis condenados a muerte sabréis esa verdad.

Por eso te lo he dicho, Vanessaaaa... Porque vas a morir.

—No, ¡por favor! No...

—Morirás...

Ella trataba de encontrar en la oscuridad que la rodeaba aunque sólo fuera un retazo de la silueta que le hablaba desde el interior de

las tinieblas. No entendía cómo sus ojos no conseguían adaptarse a las sombras. No entendía... ¡No entendía nada de aquel maquiavelismo criminal!

—Haré... ¡haré todo lo que quieras! ¿Qué deseas de mí?

Una brutal carcajada hizo temblar las tinieblas rebotando en las paredes del *living*.

—Tienes que pagar, muñeca.

—¿Pagar? ¡Por Dios! ¿De qué me estás hablando?

—De entonces... ¿te has olvidado ya? ¡Quítate el camisón!

Lo hizo.

Al instante. Con manos temblorosas se desprendió de aquel pedazo de tela que mal cubría sus exuberantes encantos. Porque estaba dispuesta a hacer cuanto fuese necesario, todo lo que él le pidiera, con tal de salvar la vida.

—Mueve los pechos —era aquélla la voz de un tarado mental, de un paranoico, que se columpiaba con extraordinaria morbosidad en el horror con que había conseguido envolver a la rubia. Gritó, en loca crispación—: ¡Que los muevas he dicho! ¡Como aquel día! ¡HAZ BRINCAR ESOS PECHOS, ZORRA!

Vanessa comprendió sin proponérselo el valor interpretativo de una actriz cuando escenificaba un hecho o acto con el que interiormente no se identificaba... Porque ella, ahora, sólo se complementaba con el miedo, sólo sentía miedo, únicamente experimentaba un pánico atroz, cervical...

Pero tenía que hacerlo. Tenía que agitarlos.

Siempre había oído decir que a los locos había que seguirles la corriente.

Hizo girar la cintura de izquierda a derecha y de adentro hacia afuera para que sus senos oscilaran como péndulos lujuriosos de un reloj de pasión.

—¡Así, así!... —Se enfervorizaba, azuzándola, el psicópata oculto entre las sombras—. ¡ASÍ! ¡Continúa! ¡No pares de agitarlos!

Vanessa Lindsay empezó a saltar mecánicamente mientras de sus ojos brotaba un torrente de lágrimas gestado, sin duda, en el manantial del pánico.

De pronto le vio. Delante de ella. Emergiendo de las tinieblas. Apretadas las facciones en diabólico espasmo. Desorbitados los ojos. Inyectados en sangre.

Estalló la carcajada.

—¡JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA!

Vanessa entendió que iba a *suceder* ahora.

—¡Noooooooooooooooooooo!

Pero no dejó por ello de agitar sus pechos.

Debió de surgir de algún lugar. La hoja de acero.

Reluciente. Relampagueante. Destellando mortales esquiras azuladas.

¡ZAS!

Fue en un zigzag en el aire, en la oscuridad...

Le había rebanado el seno izquierdo de un tajo.

Carcajada y grito de horror se convirtieron en causa y efecto uniéndose en un bramido ensordecedor de onomatopeya difícilmente identificable.

Un diluvio de sangre saltó de la herida salpicando al enfebrecido asesino, mientras ella, debatiéndose en un abismo de monstruosidades trataba de contener con ambas manos aquel loco derroche de fluido vital.

—¡Aaaaaaaaaaaaaag!

Al apretar los dedos contra el tajo, chorritos enrojecidos de vida escaparon en todas direcciones moteando el rostro de la chica que gritó, gritó y gritó, compitiendo en locura con el morbosamente alienado que seguía batiendo las mandíbulas al escupir carcajadas demenciales.

¡ZAS!

Cercenó el otro pecho.

Vanessa emitió un aullido antes de que él le robara la posibilidad de repetirlo saltando sobre ella para incrustarle el acero en mitad de la garganta, insistiendo en el envite, ensañándose con una víctima que ya no ofrecía la menor resistencia.

Sangre...

Mucha sangre. Y muchas carcajadas también.

Locas carcajadas, sí.

CAPÍTULO 5

Alex Vernon, inspector del Departamento de Homicidios de Scotland Yard, se pasó la diestra por su rostro anguloso, frotándolo con gesto de alivio porque la descuidada barba de dos días le producía una molesta comezón.

—El asesino se ha ensañado con ella —dijo el forense, inclinado sobre el cadáver, tras echarle una ojeada profesional.

—Salta a la vista —comentó el policía con talante no menos profesional.

—Luego de matarla he querido decir. Primero los dos senos, después la definitiva cuchillada en la garganta. Por último se ha entretenido produciéndole cortes y heridas con la punta del acero. En el pubis, en los muslos y glúteos... Luego dicen que están locos. Y digo yo, ¿por qué no sacian en sí mismos su demente sadismo?

—Porque eso no les produciría placer sino dolor —sentenció Vernon. Sonriendo apático al añadir—: Elemental, mi querido Howard:

Lawrence Howard miró al inspector, preguntando:

—¿Y el letrado?

Se estaba refiriendo a la nota que se había encontrado prendida con un alfiler, clavado este muy cerca del sexo de la víctima, en la que se leía: «YO, "EL OBSOLETO", ANUNCIO MÁS CRÍMENES COMO ESTE».

Alex Vernon dio cortos paseos por la estancia sin responder de inmediato.

Debía de contar cuarenta y cinco años. Era alto y desgarbado. Le faltaban unos quilos para que su peso y estatura se correspondieran. Los gestos y expresión habituales respondían a una supuesta ausencia de cuanto le rodeaba. Tenía el cabello pajizo con algunas entradas, los ojos gris claro, vulgares las facciones y llevaba gruesas gafas con montura de concha que le resbalaban frecuentemente

hacia la punta de su nariz aquilina.

Se encogió de hombros mirando al forense.

—¡Sabe Dios! Las motivaciones de un loco son imprevisibles.

—Sin embargo, algún significado debe de tener esa palabra. Habrá una razón concreta por la que haya elegido el vocablo «obsoleto» para autocalificarse.

—La habrá, claro —musitó Vernon. Ironizando con rostro muy serio—: A lo peor pretende imitar a Jack y eso le hace pensar que es antiguo, obsoleto. ¡Qué sé yo!

Se abrió la puerta del sótano de la Morgue dejando paso a un joven de largos cabellos negros, rostro de facciones agradables, maneras dinámicas y carácter emprendedor, que exclamó sonriente:

—¡Hola, jefe! Me he retrasado porque el interrogatorio de ese tipo es una...

—Lo que tú digas, Cary. Siempre tienes mil excusas y todas buenas. Échale un vistazo a eso.

Se lo echó, dominando el amago de una arcada.

—¡Qué bestialidad!

—¿Qué esperabas cuando decidiste que tu vocación te empujaba a sacrificar en beneficio de los ciudadanos de este país, eh?

—Es que hay crímenes y crímenes. Esto... bueno, ¡no tiene nombre!

—Lo tiene, Cary Newman. Al margen de sus sangrientas peculiaridades: ASESINATO.

—¿Quién ha podido hacer una cosa semejante?

—Descarta a los miembros de la Cruz Roja, los de *Amnesty International*, congregaciones religiosas de prestigio, y los demás, todos sospechosos. Es cuestión de ir preguntando puerta por puerta. ¿Se te ocurre algo, muchacho?

—No para empezar.

Sonrió el inspector apagadamente.

—Mi palabra será la luz que guíe tus pasos por las tinieblas de la investigación, policía. Se llamaba Vanessa Lindsay, intuyo que medraba del cuento y su apartamento se ubicaba en el dieciocho de Mount Street, Pimlico. Espero que a las seis de la tarde te acomodes delante de mi mesa con un completo *currículum vitae* de ella, ¿de acuerdo?

Asintió varias veces, con rapidez.

—¿Qué esperas entonces, Cary Newman?

Salió del sótano velozmente.

Alex Vernon volvió a pasear por el lóbrego recinto con aquel aire de ausencia. Encarándose de pronto con el forense, le preguntó:

—¿Quién es el mejor psiquiatra del departamento, Howard?

—Hummm... Hay varios —repuso pensativo.

—Le he preguntado por uno, coño.

—Es usted insoportable, Vernon. Se pasa la vida metiéndome en problemas.

Vernon repuso:

—Es mi *hobby*, doctor. Sé que le revienta la discriminación, pero no hay más remedio. En la vida no se puede quedar bien con todo el mundo, porque entonces se queda fatal con todos. ¿Cómo se llama ese loquero?

—Encima fabrica sus propias filosofías —se quejó, ocultando una sonrisa el forense. Dijo—: Percival Kirpatrick.

—¿Pueda quedarme la etiqueta de marras, Howard?

—Oficialmente debo unirla al informe.

—¿Por qué se empeña en complicarme la vida, doctor? Me divorcié de mi mujer...

—¡De acuerdo! —accedió el médico—. Llévesela. Pero ya sabe, ¿no?

—Sí, hombre, sí. ¿Por qué supone que me admitieron en el Yard?

—Por lo mucho que sabe —sonrió el médico.

—Eso. Exacto.

Vernon metió la nota de «el Obsoleto» en una funda de plástico, saliendo de la Morgue con un escueto:

—Adiós...

Media hora después, el inspector se encontraba sentado frente a su mesa, leyendo y releendo a través de la transparencia el texto del escrito.

«YO, “EL OBSOLETO”, ANUNCIO MÁS CRÍMENES
COMO ESTE».

Pensó el policía que conforme avanzaba en la jungla de la vida acumulando experiencia y desengaños, descubriendo lo retorcido y complicado del quehacer humano, sentía asco hasta de sí mismo.

Admitido lo del Diluvio Universal. Justificado lo de Sodoma y Gomorra. Muy lógicos los textos de san Juan Evangelista para su Apocalipsis.

Qué aclaraba eso, ¿eh?

Se largó del despacho diciéndole a uno de los *bobbies* que se movían por el recinto:

—Si preguntan por mí, he muerto. ¡Ah!, es posible que me entretenga jugado con las tragaperras. Me queda poco para terminar el mes y a lo mejor suena la flauta...

—Pues que haya suerte, inspector.

—Gracias por tus buenos deseos, Leland.

CAPÍTULO 6

En esta ocasión, Cary Newman fue puntual como un clavo.

Vernon, que había hecho acto de presencia a las seis menos cinco, se quitó las gafas para frotarse los ojos.

—Es que así te veo mejor, hijo.

—Estaba usted en lo cierto, Vanessa vivía del cuento. Se relacionaba al parecer con tipos bien acomodados. Eso se deduce del saldo de su cartilla de ahorros.

—¿Me estás diciendo que has registrado el apartamento?

El sargento Newman sonrió como un conejo.

—¿Va contra el reglamento, señor?

Se encogió de hombros.

—No entiendo demasiado de leyes. ¿Decías?

—¿De dónde puede sacar una chica sin empleo conocido ciento veinte mil libras? Según el conserje del edificio, la visitaban con asiduidad, y sin coincidir, tres individuos. Dos, de pasta... El tercero, siempre en versión del infrascrito, era el que le «levantaba» la pasta. Es, precisamente, del único que sabía el nombre: Jeremy Adams. Abundando en la cosecha de mi informador, dice que Vanessa se relacionaba con algún otro fuera de su apartamento.

—Toda una enciclopedia el conserje, ¿eh, Cary?

—Sin enemigos reconocidos porque Vanessa se pasó la vida regalando cariño, besos, pasión, un par de pechos impresionantes y muchos orgasmos. Matar una mujer así debería considerarse doble delito.

—Recuérdame que aporte esa teoría a los Lores y los Comunes. Tú, en el Parlamento, no tendrías precio.

—Vanessa era sobrina de un usurero que estaba mucho por ella. El conserje asegura que debieron «entenderse» porque era tío político. Le pagó estudios en la Eton School. Allí se relacionó con Jeremy Adams, hijo de un conocido industrial que hace tiempo se

hundió en la ruina, siendo adquirida su empresa dedicada a la fabricación de televisores y computadoras por el multimillonario Edward Freeman.

—¡Hay que ver cuánto sabes, Cary! No sé qué haría sin ti. ¿Qué hay de los otros amigos de Vanessa?

—Tendré que seguir investigando...

—¡Pues, hala muchacho! Sal a la noche de Londres a justificar tu sustento. Ya sabes, ¿no? El que de joven no trabaja, de viejo no cobra del Montepío.

El melenudo de rostro jovial, preguntó:

—¿Qué piensa de todo esto, Vernon?

El inspector hizo otro de sus encogimientos de hombros.

—A Vanessa han podido matarla por muchísimas razones. Seguro que el ejecutor no se ha parado a pensar que tú lo calificarías de doble asesinato. Tienes que hacer que publiquen eso en los periódicos, Cary. Puede ser un freno para futuros asesinos... Quizá uno de los que se acostaban con ella, uno de éstos con pasta, averiguó las infidelidades de la rubia, ¡y zas! Quizá Jeremy discutiera con ella porque la chica se mostraba últimamente menos espléndida, se fue calentando... y acabó ensañándose con el cadáver para hacernos creer que era el trabajo de un psicópata.

—Eso no encaja con la nota que anuncia más crímenes —razonó Newman.

—O sí —replicó el otro, con indiferencia—. O sí... Porque eso nos haría abundar en la sospecha de que se trata de un maníaco.

—Pero si no aparece otro cadáver mutilado comprenderemos que...

—No desesperes, muchacho. Eres joven y la juventud peca siempre de irreflexiva vehemencia. ¿Quién te asegura que no habrá otro asesinato sangriento?

—¿Usted se toma algo en serio, inspector?

Soltó una seca risita.

—¡No, claro! Por eso soy policía, Cary... Quiero que averigües más, mucho más, acerca de los hombres relacionados con esa muchacha. Especialmente por lo que se refiere al tal Adams. Su... la precaria situación financiera de su padre, me preocupa. Pero no te metas en líos, ¿eh? Nada de violencia, nada de coaccionar a los *membrillos*, y mucho menos ignorar a los camellos que *coloques*

con algún papelito encima. Todo legal, tú ya entiendes. Pero averigua lo que me interesa, ¿eh?

—*Okay*, jefe.

—¡Olvídate de los americanos, hombre! No paran de equivocarse. Han vuelto a elegir a Reegan, ¿lo sabías?

—Me lo ha dicho un amigo que tengo en Nicaragua.

CAPÍTULO 7

Como cada día durante más de treinta años, Reginald Colman, profesor de lenguaje de la Eton School, se apeó del bus en la confluencia de Albany Street con Marylebone Road.

La niebla espesaba por momento haciéndose más inaccesible al mezclarse con y entre ella las primeras oscuridades de la noche, lo que limitaba la visibilidad al máximo hasta el extremo de que era lo más sencillo del mundo tropezar con la persona que se llevaba dos yardas por delante.

Colman, que con el paso del tiempo se había vuelto más exigente, insoportable y antipático de lo que era de joven, hecho al que contribuyó notablemente el que su úlcera pilórica no hubiera dejado de amargarle pese a la medicación y al régimen, soltó un taco entre dientes y maldijo por lo bajo.

No sabía con certeza si estaba más harto de aquella niebla impenitente e impertinente que un día sí y otro también hacía acto de presencia casi a la misma hora para jorobar a la gente honrada que regresaba a su domicilio tras la jornada laboral... No estaba seguro de si le jodía más la maldita niebla o los estúpidos alumnos de la escuela que igualmente, un día sí y otro también, tenía que soportar.

Colman los odiaba.

A muerte.

Odiaba aquel grupúsculo de engreídos maleducados, de cretinos e ineptos que acudían a la Eton School porque no tenían nada mejor que hacer y que no tenían, tampoco, el más mínimo interés por aprender. Se sentían superiores porque el dinero de sus padres, tan estúpidos como ellos, la mayoría de los cuales habían obtenido sus fortunas robando y estafando a los demás, les hacía sentirse fuertes y poderosos. Algunos, incluso, pretendían humillarle precisamente por aquella razón... Le recordaban además que dependía de un

mísero sueldo; que ellos, al fin y al cabo, se largarían de la escuela cualquier día, mientras él tendría que permanecer, amargado, a cuestas con su fracaso, hasta que le llegara la jubilación.

Por eso y otras muchas razones, Colman los odiaba.

Cuando tenía ocasión dejaba que su odio saliera a la superficie cebándose en alguno de aquellos energúmenos. Normalmente con el que consideraba más asequible, pusilánime, haciéndole blanco de sus iras. Era una pequeña venganza que, por lo general, nunca acababa de satisfacerle.

—¡Mierda de niebla! —masculló, haciendo un ademán como si pretendiera apartarla, abrirse paso entre ella y ver exactamente lo que tenía delante.

Era como una gigantesca espiral de algodón que acababa por tornarse asfixiante y que, conforme se adentraba uno en ella, producía la inquietante certeza de que se iba alejando del mundo que le rodeaba.

Reginald Colman se detuvo junto a la entrada de
Regent's

Park que se unía a Marylebone Road a través de York Gate, dudando entre seguir o no el habitual recorrido que hacía desde la parada del autobús hasta su domicilio en

St. John's

Wood.

Si no cruzaba como siempre a través del parque tendría que dar un gran rodeo por Park Road, Prince Albert Road y Charlbert Street, hasta alcanzar la calle donde se alzaba su casa. Amén de que el riesgo de darse de bruces contra una farola o tropezar con el anciano que llevara delante sería mucho mayor.

Pero... Los días de tanta niebla,

Regent's

Park se le antojaba tétrico, hostil. Lugar idóneo para ser víctima de aquellos grupos de navajeros que rondaban por los rincones solitarios buscando desvalijar a cuatro desgraciados que apenas si llevaban cinco libras en los bolsillos. Lo peor del caso era que si no encontraban nada que robar montaban en cólera siendo muy capaces de coserte a navajazos.

—¡Tonterías! —exclamó en voz alta como si ello le tranquilizase.

Decidió, al fin, internarse por el verdoso y floreado recinto, cuya

belleza aquel atardecer quedaba oculta al otro lado de la niebla. Siendo tan timorato no se podía ir a ninguna parte.

Además, ¿quién iba a querer atracarle a él?

Eso mismo debieron de pensar los que habían acabado con un par de navajazos en el vientre tendidos sobre una mesa de la Morgue.

Eludiendo semejantes morbosidades avanzó circundando el Inner Circle de manera intuitiva, porque la visibilidad a cada instante se hacía más escasa, hasta distinguir una sombra a su izquierda que supuso era el *Royal College of Obstetricians and Gynaecologists*. Al menos, si no lo habían quitado aquel día, siempre había estado allí.

No dejó de sorprenderle su rasgo de vacío humor mientras continuaba avanzando por el parque, en diagonal, con dirección a la salida que desembocaba frente a la Charlbert Street.

La sensación de soledad fue agudizándose por segundos en la mente de Colman. Era un movimiento interior de extraña inquietud que le hacía sentirse indefenso, desamparado frente a cualquier contingencia que pudiera surgirle de repente; a la que se hubiera de enfrentar.

Debía de estar a la altura de Winfield House cuando creyó percibir el sonido de unos pasos a su espalda. Instintivamente, se volvió. El entorno era totalmente impenetrable a más de un palmo de la nariz.

Un sentimiento de angustia se espesó en su garganta como lo hacía la niebla delante de los ojos.

Paseó la lengua por el paladar notándolo más seco que de costumbre. Le costaba tragar saliva y desasosiego que casi le hacía temblar.

—¡Maldita sea! ¿Qué diablos me está ocurriendo hoy?

Reginald Colman tenía la certeza de que alguien le estaba siguiendo desde el instante en que se había adentrado por

Regent's
Park.

¿Seguirle?... ¿Quién? ¿Por qué?

¿Los navajeros, quizá?

¡Sí, hombre! Allí estarán los navajeros esperando que él llegase.

Reanudó el trayecto, más despacio ahora, aguzando el oído para

ver si captaba de nuevo el sonido de pasos a su espalda.

En efecto...

Alguien caminaba tras él.

Se volvió otra vez y el miedo que germinaba en su interior salió a flote llevándole a preguntar con implícito sentido del ridículo:

—¿Quién anda ahí?

¡Estúpido! ¿Quién iba a andar por allí?

—*Yo, señor Colman.*

La sangre, ahora, se le heló en las venas.

Porque la respuesta había sonado clara. Y suave.

Yo, señor Colman.

¿Quién era... *yo*? ¿Cómo sabía su apellido?

El profesor de lenguaje, temblando como las hojas de un arbusto batidas por el huracán, tuvo que hacer acopio de una entereza que se le esfumaba por la base, preguntando con menos de un hilo de voz:

—¿Quién... quién es usted?

Silencio.

El temblor que azotaba su cuerpo se detuvo de repente para dejar paso a verdaderas oleadas de pánico que sustituyeron aquél por convulsiones de histeria.

Se puso, impensadamente, a chillar como una rata.

La voz se burló:

—¿Dónde están su seguridad y valentía, profesor? Las que utiliza para humillar y burlarse de sus alumnos... ¿Se las ha dejado en la Eton School?

Colman, confundida su mente con mil imágenes, a cual más siniestra, llegó a la conclusión de que debía correr sin preocuparse de que su misterioso enemigo le tildara de cobarde.

Pero a sus pies les habían crecido largas y prontas raíces que lo mantenían inmóvil contra la tierra; como anclado en ella.

—Por... por favor. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí?

—Matarlo, sencillamente —le respondió la voz de inquietantes matices.

—¡NO! ¿Por qué?

—Porque ha llegado la hora de pagar.

Reginald Colman pensó que se había vuelto loco y que aquel macabro diálogo sólo tenía vida y validez dentro de su torturado

cerebro.

Nada de aquello era real. No podía serlo.

—Estoy aquí, profesor. Delante de usted.

Achicó los ojos buscando la referencia física cuya voz percibía con nitidez.

Emergió, de pronto, igual que una aparición en un cuento de terror, de dentro del baño de espuma que conformaba la niebla.

—Aquí... ¿Me ve ahora?

—Sí... Pero... ¿Quién es usted?

—Míreme bien, erudito de la lengua y las buenas formas retóricas. Míreme bien.

Lo hizo. Tan necesaria como instintivamente. Llevándose una mano a la garganta cuando, al fin, asoció la persona con un nombre.

—¡No...! ¿Usted?

—Yo... —Y añadió—: He venido para que se burle de mí... *por última vez*.

Le faltó aliento para articular un solo sonido. Fue encogiéndose mientras recorría la siniestra silueta del que decía estar allí para matarle.

Rígido como una sentencia. Vestido de negro como el más riguroso de los funerales. Crispadas las facciones como alma torturada en el abismo de los infiernos. Con aquel par de ojos encendidos que parecían bolas incandescentes, rojos como circunferencias de sangre.

Cubierto el cuerpo enhiesto por aquel macfarlán color tiniebla que le prestaba la condición inexorable de juez definitivo.

—He dicho que se burle de mí, ¡maldito hijo de perra! ¡Hágalo!

—No... no puedo... Yo no...

Le vio alzar la diestra como si de un relámpago se tratara y lo que llevaba empuñado en ella trazó una «x» de locura frente a los desorbitados ojos de Colman, cuyas evoluciones sentíase incapaz de controlar.

Un surco quedó dibujado en cada mejilla del profesor y la sangre, copiosa, hizo acto de presencia resbalando hasta salpicar sus ropas mientras algunos hilillos iban a parar a la comisura de los labios.

—¡No, por Dios! —gimoteó, llevándose una mano a cada herida

en vano intento de restañar el caudal sanguíneo.

—¡Búrlese!

—¿CÓ... cómo?

—¡Pronuncie aquella palabra! —rugió, convertido su rostro en máscara diabólica. Insistiendo en un arranque de locura—: ¡AQUELLA PALABRA! *Ob-so-le-to*...

—Pero... —A Colman ya no le importaba la sangre que estaba perdiendo, pero sí la vida que podía perder.

Que *iba* a perder.

—¡Dígalo!

Tragó saliva escapando al fin del fluido hipnótico que mantenía los suyos clavados en aquellos ojos demoníacos.

—Es... —Temblaba visiblemente—, es... es usted un obsoleto.

—¡REPÍTALO!

—Tenga... ¡tenga piedad de mí! Se lo... ¡se lo suplico!

—¡REPÍTALO! —demandó, ciego de rabia y odio. Al otro lado de la razón, en los dominios de la locura y muy lejos ya de la frontera de la coherencia.

—Es... es usted... es un obsole...

De nuevo el acero del florete fue blandido frente a las aterradas pupilas de Colman y la punta finísima, casi invisible por lo pulido de su exquisita artesanía, se introdujo por una de aquéllas empujándola hacia el interior de la órbita que al punto se inundó de sangre.

Como boca y garganta del profesor se inundaron con el alarido:

—¡Aaaaaaaaaaaaaaag!

Salió hacia afuera el acero llevando prendido el globo ocular para incrustarse en el otro, adhiriéndolos, sobreponiéndolos, empujándolos en medio de una catarata sangrienta mientras los aullidos infrahumanos de la víctima hacían estallar la niebla de Regent's

Park, poniendo al descubierto todo el horror que se estaba desarrollando dentro de él.

Mientras el florete acibillaba la ya caída naturaleza de Reginald Colman, una voz enfurecida, quebrada, plena de matices infernales gritaba y gritaba:

—¡Obsoleto! ¡Obsoleto! ¡Obsoleto! ¡Obsoleto! ¡SOY EL OBSOLETO!

Por último sobrevinieron las carcajadas satánicas mientras la siniestra figura del macfarlán negro se contorsionaba entre delirantes espasmos de locura.

Tras su paso y detrás del eco espeluznante de las carcajadas quedó la sangre.

Mucha sangre.

Demasiada.

Toda la que le faltaba al profesor Colman para seguir viviendo.

CAPÍTULO 8

El letrero, clavado con un alfiler en el pene de la víctima; decía esta vez: «YO, “EL OBSOLETO”, SEGUIRÉ EJECUTANDO».

—Es un loco rabioso —exclamó el forense Howard mientras efectuaba un nuevo y más profundo reconocimiento del mutilado cadáver. Añadiendo ante el silencio y aparente ausencia del inspector—: Si no lo detiene pronto, ese sádico retorcido bañará en sangre la ciudad. Hará de Londres un apocalipsis de terror. El pánico cundirá entre los ciudadanos en cuanto la prensa airee con su sensacionalismo habitual estos casos, el segundo crimen de «el Obsoleto».

—¿Es todo lo que se le ocurre decirme, doctor? —se quejó el policía.

El médico exclamó:

—¡Maldita sea, Vernon! ¿Quién tiene que detenerlo, usted, o yo?

El funcionario de Scotland Yard empujó la montura de las gafas contra el puente de la nariz, murmurando:

—En lugar de acusarme como si fuera el autor de esos crímenes horrendos, ¿por qué no me apunta alguna solución?

Lawrence Howard, en vez de empecinarse en el razonamiento de que aquello era competencia del propio Vernon, le miró con afecto, aportando:

—Pienso que la clave está en la palabra. Cuando usted logre averiguar el verdadero significado de «obsoleto», no el etimológico por supuesto, sino aquél con que lo acentúa el asesino, habrá solucionado el asunto.

Vernon admitió seriamente:

—También yo lo entiendo así, doctor. Pero... ¿Quién me dará la respuesta? Sólo el propio criminal puede hacerlo.

El diálogo fue interrumpido por la llegada del siempre vehemente Newman.

—¡Hola, jefe! Ya me he enterado de que...

—Al grano, Cary. Te dije ayer que nadie nos aseguraba que no fuese a haber otro asesinato sangriento, ¿recuerdas?

—He pensado en eso —asintió el de las melenas—, sí. Entendiendo que usted ya daba por seguro que se trataba de un maniaco y...

—No dije eso —le cortó.

—No. Pero...

—¿Qué hay de tus averiguaciones? —le interrumpió de nuevo con cerrado talante.

—Tengo los nombres de quienes visitaban a Vanessa en su apartamento: Paul Archibald, joyero jubilado, amante al parecer de un tipo especial de sexualidad próximo a la aberración. Y Trevor West, propietario de una empresa de transportes que estaba loco perdido por la rubia y que perseguía el deseo de nombrarla su *querida* oficial, apartándola de sus otros amantes para encerrarla en una jaula de oro. Por lo que se refiere a Jeremy Adams, parece estar bastante afectado por el asesinato de Vanessa. En cuanto a su situación económica es precaria: está sin crédito y sin dinero porque su padre ha decidido no darle ni un penique de lo obtenido de Freeman por la venta de la fábrica.

Hizo un alto programado para exclamar, seguidamente, con énfasis:

—¡Ah, hablando de Edward Freeman! He averiguado que fue también alumno de la Eton School. Asistía con Vanessa, Freeman y el resto de alumnos que la integraban a la clase de lenguaje del profesor...

—Reginald Colman. Aquí presente... Aquí de cuerpo presente. El círculo se estrecha, Newman. Esto es como conducir de noche, muchacho. El mundo termina donde acaba el haz luminoso de los faros. Pero dentro de ese pequeño mundo hay luz, mucha luz. Los faros de nuestro asesino iluminan con insistencia el pasado de una clase en la Eton School. Es su mundo, el mundo que le enloquece y le precipita a sus crímenes horrendos.

—Eso está muy bien, teóricamente —sonrió el sargento Newman. Lamentándose—: Pero si sólo tenemos esa filosofía...

Aunque Alex Vernon estaba pendiente de las objeciones que aportaba su subalterno, pensaba para sí que a la vista de aquella

segunda monstruosidad había llegado el momento de tener un cambio de impresiones con el psiquiatra Percival Kirpatrick.

—A la hora de deducir —dijo, encarándose con el muchacho—, eres de un pragmatismo tal, que impresionas. Mira, pequeño, esta tarde, a primera hora, quiero que traigas a mi despacho, que también es el tuyo, a Jeremy Adams. Dile que se trata de una entrevista cordial y convéncele de que me molesta horrores presentarme en los domicilios ajenos friendo a la gente a preguntas. ¡Ah!, y le recuerdas que es mucho mejor que venga en calidad de invitado que, por ejemplo, de sospechoso o detenido. Y... —Se mordió el labio inferior, meditativo, a la vez que se frotaba la barbilla fruciosamente. Prosiguiendo—: Y con respecto a eso de que me molesta hacer visitas, Edward Freeman será la excepción que confirme la regla porque él, a lo peor, no querrá venir a verme. Le visitaré esta misma mañana. Es la servidumbre que le debemos a la posición económica del ser humano. Tanto tienes...

—¿Por qué visitará a Freeman, señor?

—Porque me da la gana, porque lo considero conveniente, porque fue alumno de la Eton School, porque le compró su industria al padre de Adams... y porque no tengo otra cosa mejor que hacer. Quédate con la respuesta que prefieras y sigue con tus investigaciones. Adiós, Cary.

—Pero...

—Adiós, Cary. Buenos días —y salió del sótano de la Morgue.

Lo mismo hizo el inspector diez minutos después, luego de pedirle al doctor Howard que rogase a su colega Kirpatrick fuese a visitarle sobre las seis de la tarde.

CAPÍTULO 9

La casa, erguida en la desembocadura de Westminster Bridge, en Kennington Road, casi enfrente del Imperial War Museum, era un sueño.

Al menos para Alex Vernon.

Porque una casa como aquélla, él, sólo podía concebirla en sueños.

Tres alas y entre quince o veinte habitaciones con varios baños.

Un enorme vestíbulo se abría delante de los ojos incrédulos del policía, contornado por una magnífica escalera de mármol blanco de noble y viejo estilo. En la parte de atrás, Vernon lo había observado al acercarse al edificio, se levantaba un garaje con capacidad para cinco o seis vehículos y encima de aquél, una vivienda destinada seguramente a la servidumbre.

Fue uno de los integrantes de aquélla quien le dijo, cortés:

—Sígame, por favor. El señor le recibirá inmediatamente.

Si la casa era un sueño, la biblioteca era de película de época.

Con mescolanza de estilos en el mobiliario pero predominando el Victoriano.

Edward Freeman estaba detrás de una mesa que parecía una carabela tallada en caoba, desde donde salió para recibirle.

A Vernon le causó gran impresión que sus pasos quedaran ahogados por lo muelle del alfombrado. Pensando que también debían ahogar las acusaciones que frecuentemente proferiría la conciencia de quienes habían llegado a propietar tanto lujo y riqueza.

—Bienvenido, inspector —le tendió la diestra—. Venga, se lo ruego. Nos acomodaremos aquí.

Señalaba dos butacas gemelas situadas en un ángulo de la ostentosa estancia, separadas por una artística mesa ratona, a la derecha de cada una de las cuales se erguía una lámpara de pie.

—Gracias —y se sentó donde le indicaba el otro.

—Como imagino a qué debo el placer de su visita...

—¡Hombre! —exclamó Vernon con una sonrisa de sorpresa—. Debo confesarle que es la primera vez que alguien encuentra agradable mi visita.

—Para muchas personas, recibir a la Policía en casa no es precisamente motivo de alegría. De inquietud como mínimo, ¿no cree, inspector? —Y sin esperar respuesta de su interlocutor, siguió Freeman—: Iba a decirle que hace apenas una hora he telefoneado al superintendente Redgrave para preguntarle quién llevaba este caso...

—¿De veras? —se sorprendió otra vez Vernon, empujando las gafas nariz arriba—. ¿Por qué?

Se miraron en silencio.

Calculó el policía que el millonario no debía contar más de la treintena, pensando que a esa edad tantos millones juntos no resultarían fáciles de «digerir», siendo difícil escapar al endiosamiento y a la satisfacción egocéntrica que otorgaba el poder conferido por aquéllos.

Era de media estatura y peso acorde. Sus facciones resultaban unas más entre muchísimas otras, sin ningún rasgo destacable. Podía leer en la expresión, eso sí, un rescoldo de timidez que ni el dinero le había ayudado a desterrar.

—Porque yo... soy «el Obsoleto».

Alex Vernon siguió mirándole sin que ningún músculo facial evidenciara el aldabonazo que interiormente acaba de recibir.

Debía tratarse de una excentricidad de millonario.

—Bromea sin duda, señor Freeman.

—No —le sonrió. Añadiendo de inmediato—: Pero permítame que le explique...

Se explicó, sí. Refiriéndole lo acaecido allá por 1972 en el aula de lenguaje de la Eton School.

—Curioso —fue todo lo que dijo el policía al término del relato de su contertulio. Ampliando con parca generosidad—: Muy curioso. Llegamos entonces a la conclusión de que alguien pretende culparle de esos monstruosos asesinatos.

—He sabido lo del profesor Colman de labios del superintendente. ¡Es horrible! Yo no sé si alguien trata de culparme,

de vengarse de mí a causa de mi posición social y económica; lo que sí sé es que esto es horrible.

—¿Qué relaciones ha tenido usted con Jeremy Adams luego de salir de la escuela?

—Apenas si hemos coincidido en un par o tres de ocasiones —repuso al instante el joven millonario.

—¿Y con Vanessa Lindsay? —Siguió machacando el policía.

Edward Freeman, con la cabeza inclinada como si sintiera vergüenza por lo que iba a decir, o queriendo evitar que Vernon captase el rubor que coloreaba sus mejillas, murmuró:

—Éramos amantes.

—Insaciable Vanessa...

—¿Qué quiere decir, inspector?

—¿Ignoraba usted acaso que existían otros hombres? —repuso el hombre de Scotland Yard con un nuevo interrogante.

—No, claro. Aunque ignoro de quiénes se trataba.

—Jeremy Adams era uno de ellos.

Con un ademán de cansancio reconoció Freeman:

—Siempre lo supuse. Pero, la verdad, no me importaba demasiado. Vanessa y yo éramos muy felices. ¿Qué hubiese ganado enturbiando nuestra relación con reproches? Al fin y al cabo no tenía ningún derecho moral ni legal sobre ella.

—Cierto... —reconoció Vernon, aunque no entendía demasiado de aquello. Preguntando de súbito: ¿Quién piensa que puede ser «el Obsoleto» de los crímenes?

Edward se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea.

—¿Jeremy Adams?

—¡Por favor! Adams es un engreído petulante que paseaba, no sé si ahora también, con desafío, su apostura masculina. Un bromista empedernido que a veces se pasaba zahiriendo a los demás. Yo fui una de sus víctimas entonces... ¡Pero totalmente incapaz de cometer esas barbaridades!

—El odio, señor Freeman, otorga a los incapaces capacidad para realizar lo inverosímil.

Arqueó las cejas el millonario.

—¿Odio...?

—¿Cree que Jeremy Adams no tiene suficientes motivos para

odiarle a usted? Se entendían con la misma chica, compró usted la industria propiedad de su padre...

—Y antes me casé con la que era su novia, cierto —asintió Edward Freeman. Asegurando no obstante—: Pero todo eso no lo hice por venganza ni por despertar su odio hacia mí, porque era del dominio público que siempre estuve enamorado de Vivien; y si le compré la fábrica al viejo Adams fue por hacerle un favor, pues estaba totalmente arruinado... —hizo una pausa en su enfática exposición, reiterando—: Y sin embargo, inspector, ello no altera un ápice mi anterior aseveración: Jeremy Adams es incapaz de hacer daño físico a nadie.

—Si usted cree estar tan seguro... —Se puso en pie—. En fin, señor Freeman, le sugiero que se cuide. El próximo puede ser usted. O su esposa quizá.

—¡Por Dios inspector! No diga eso.

—Tengo que decirlo en tanto ese *obsoleto* anda suelto por Londres dispuesto, como dice en sus macabros textos, a seguir ejecutando.

—Inspector... —Edward se alzó también de su butaca.

—¿Sí?

—¿Es mucho pedirle que me mantenga informado de sus progresos en el caso?

—Lo haré con gusto, señor Freeman. Y gracias otra vez por haberme recibido tan cordialmente.

—No se merecen, inspector. De otra parte, era mi obligación como ciudadano el hacerlo así.

El propio millonario acompañó a Alex Vernon hasta la puerta de salida.

CAPÍTULO 10

—¡Mire, inspector! —exclamó furioso y con ademán casi agresivo el que estaba sentado frente al policía. Haciendo un esfuerzo por dominar su fogosidad, añadió—: Espero que tenga usted buenas razones para...

—Sí, hijo, sí —le cortó con apagada sonrisa—. Yo tengo de todo, menos dinero, claro.

—¡No es momento para bromas! —De nuevo se había crispado Jeremy Adams.

—¿Y quién bromea, amiguito? Es una verdad como un templo que sólo me quedan ocho libras para terminar el mes.

—¡Inspector!

—¡Siéntese, Adams! —Fue ahora Alex Vernon quién se congestionó, cosa nada frecuente en él. Añadiendo con inflexión ominosa que no dejaba lugar a la menor duda—: Si vuelve a alzarse de su asiento o a levantarme la voz le voy a pegar una patada en los cojones que tardará una semana en encontrárselos. Y luego, cuando salga del hospital, vaya a contárselo a los periodistas. Les dice que la Policía británica se sirve de torturas... ¿Me explico?

Jeremy Adams, que aún seguía conservando la impronta de «guaperas» que le hiciese triunfar con las quinceañeras de la Eton School, y ahora con las «masañeras» que corrían por la vida necesitadas de urgentes *atenciones*, se encogió como un gusano en el fondo del asiento, murmurando:

—Perdón... Es que, ¿sabe? Estoy muy nervioso. Yo amaba a Vanessa...

—¡Hombre, hablando de ella! ¿Puede decirme dónde estaba usted entre las doce y las cuatro de la madrugada en que la asesinaron?

—¿Dónde diablos quiere que estuviera? Durmiendo...

—¿Solo?

—¡Inspector! —Fue aquélla una exclamación moderada—. Está usted inmiscuyéndose en mi vida privada.

—No se enfade, hombre de Dios. Es por aquello de la coartada, ¿comprende? Antes, los caballeros se negaban a revelar el nombre de la dama. Pero hoy en día... Usted ya me entiende, ¿cierto?

—Solo, inspector. Estaba en mi cama y solo.

—La mejor manera para dormir, desde luego. ¡Ah!, hágale de los enemigos de Vanessa. O de los amigos... Todo es cuestión de conceptos.

—No creo que tuviera enemigos, inspector. Era una cabeza loca, desde luego. Pero nunca le había hecho daño a nadie... ¿Amigos? Vivía de los hombres y por esa razón eran algunos los que formaban parte de su existencia amorosa.

—Y retribuida.

Se oscureció el rostro agradable de Adams al tiempo que objetaba:

—Un comentario de mal gusto, ¿no le parece, inspector?

Se encogió de hombros como si le dijera que «pasaba» de aquellas apreciaciones. Y lo que sí dijo, fue:

—Pero real como la vida misma. Siga, Adams, por favor.

—El millonario Freeman era uno de esos hombres.

—¿Se lo dijo Vanessa?

Jeremy negó con la cabeza.

—Al contrario. Tuvo buen cuidado de ocultarme sus relaciones con él. Pero una vez coincidimos en cierto hotelito de Mornington Crescent que se surte de parejas que buscan un rincón discreto donde solventar sus pasiones... Yo les vi a tiempo de ocultarme. Nunca se lo conté a ella.

—Supongo que usted odia a Freeman, ¿verdad?

Jeremy Adams se puso en guardia.

—¿Qué pretende insinuar, inspector?

—Nada —negó, acompañando de un movimiento con la cabeza. Puntualizando—: Me he limitado a hacerle una pregunta que, por cierto, aún no ha contestado.

—Me es indiferente.

—Difícil de creer. Hummm... —musitó el policía como hablando consigo mismo—. Le birló la novia para casarse con ella, compró la ruinosa empresa de su padre y usted, en el colmo de la generosidad,

sólo siente indiferencia hacia él. Toda una lección de *fairplay*.

Jeremy Adams se encaró abiertamente con el inspector del Departamento de Homicidios diciendo con voz clara, matizando cada sílaba:

—Entiendo cuál es su juego y adonde pretende llegar, pero se equivoca rotundamente. Edward Freeman nunca ha sido santo de mi devoción, ¿por qué voy a negarlo? Pero no le odio. Es a Vivien a quién tendría que odiar porque me dejó por el dinero de Ed. O a mi padre, que le vendió la fábrica. Freeman se ha limitado en cada momento a explotar debidamente la superioridad que le concedía su *status* económico. Yo... —Se detuvo unos segundos para perfilar todavía más las palabras al añadir—, señor inspector, no he cometido ninguno de esos abominables crímenes. Yo no intento cargarlos en la cuenta moral de Edward Freeman a través de esa nota de que hablan los periódicos que se ha encontrado en los cadáveres de Vanessa y el profesor Colman y que firma «el Obsoleto». No soy yo sólo el único en saber que Reginald Colman bautizó a Freeman con el calificativo de *obsoleto* a causa de un absurdo examen de redacción.

Hizo una nueva pausa y sin apartar sus ojos de los del policía, finalizó:

—Pienso que el motivo de su invitación queda aclarado con lo que acabo de decirle. Así que, si no desea nada más de mí, con su permiso —se alzó del asiento—, me largo.

—Adiós.

Alex Vernon permaneció pensativo por espacio de varios minutos luego de que Adams hubiera abandonado su despacho.

Renunciando precisamente a lo que parecía más lógico en aquellos instantes: a hacer cábalas.

Aunque no pudo evitar sustraerse al recuerdo de una frase pronunciada por el forense Howard aquella misma mañana: *Pienso que la clave está en la palabra...* Ahora, él ya tenía una noción del por qué y el cómo de la palabra. ¿Servía eso de algo? No... La identidad de «el Obsoleto» seguía siendo un misterio.

Bueno, un misterio que ahora, eso sí, se reducía a un número mucho más concreto y menos amplio que al principio: los alumnos que durante el año 1972 frecuentaron el aula de lenguaje de la Eton School.

¡Casi nada!

Unos nudillos golpearon por fuera en la puerta arrebatándole, bruscamente, de sus meditaciones.

—¡Adelante! —exclamó.

No hizo falta que el que entraba le dijese que era el profesor en Psiquiatría Percival Kirpatrick.

—Siéntese, por favor —le invitó, señalando la silla que poco antes había ocupado Jeremy Adams.

—El doctor Howard me ha dicho que deseaba verme, inspector.

Percival Kirpatrick aparentaba unos cincuenta años, quizá menos, aunque realmente había rebasado la cincuentena. Era de mediana estatura, recio, de anchos hombros y cuidada musculatura. Grandes y correctas las facciones de su rostro pintadas por un toque de severidad, insuficiente para ocultar la bondad que las presidía.

El cabello, además de abundante y ondulado, era del todo blanco.

—Gracias por venir, profesor Kirpatrick.

—No se merecen —sonrió el psiquiatra. Añadiendo—: Como usted y yo somos dos hombres ocupados y poco amigos de los circunloquios, ¿por qué no me cuenta de un tirón lo que le preocupa? Aunque algo sé, desde luego.

Vernon, como a él le gustaba y el otro le pedía, fue recto al grano.

Explicando primero los hechos y luego las conclusiones a que había desembocado.

Pidiendo después:

—Ahora, doctor, espero su autorizada opinión.

—Verá —se mesó suavemente los aladares—, es muy difícil emitir un dictamen o diagnóstico en estas circunstancias. No son muchos los elementos de juicio de que dispongo. La Psiquiatría, sin lugar a dudas, es la rama más compleja de la Medicina moderna. Cada paciente, dentro de una misma dolencia, presenta una sintomatología distinta y sus reacciones son diferentes al resto de enfermos. En principio, y enfocando el problema desde una óptica muy amplia, lo que equivale a decir poco concreta, podemos admitir que se trata de una mente esquizoide con dualidad psíquica.

—En cristiano, se lo ruego.

—«El Obsoleto» tiene dos personalidades dentro de su mente.

Una, la normal. Otra, la que le impulsa a cometer esas aberraciones sangrientas.

—¿Me está diciendo que la una ignora a la otra? —aventuró el policía.

—Cabe esa posibilidad, pero no ha de ser forzosamente así. Quiero decir que también puede ser muy consciente de lo que hace.

—Desde una perspectiva estrictamente policial, me inclinó por esa segunda teoría. Yo, profesor, estoy convencido de que «el Obsoleto» sabe muy bien lo que hace...

—No, no lo sabe bien —cortó el médico. Razonando—: Lo que sí puedo asegurarle es que su psiquis es por completo enfermiza. Existe una causa que ha alterado su normal funcionamiento. Por eso mata, por eso se ensaña con sus víctimas, por eso goza con el derramamiento de sangre.

Vernon, en silencio y con fijeza, miró durante unos segundos al doctor, antes de lanzar la pregunta:

—¿Y si se trata tan sólo de la venganza de un ser psíquicamente normal que pretende arruinar a otro haciéndole cargar con unos crímenes que no ha cometido?

Fue ahora Kirpatrick quien clavó sus ojos penetrantes en el rostro anguloso del inspector, con cierta insistencia, antes de devolverle la oración por pasiva:

—¿Y si usted estuviera razonando como el asesino desea que razone?

Alex Vernon apretó la montura de sus gafas contra el fondo de la nariz. Luego se frotó la barbilla. Por último, dubitativo, musito:

—Puede...

—En su lugar, y no creo que deba enseñarle su oficio, procuraría meterme en la cabeza del criminal y pensar como lo haría él —se alzó del asiento y dijo a guisa de despedida—: Ya sé que no le he ayudado mucho, pero estoy seguro de que ha entendido lo que quiero decirle.

—Gracias doctor. Pienso que sí, que sus palabras me servirán de ayuda.

CAPÍTULO 11

Vivien McGill, señora de Freeman, no había dejado de ser la extraordinaria pelirroja de grandes y azuladas pupilas, de cuerpo voluptuoso, excitante, que cautivara a Ed en su adolescencia sin que nunca, desde luego, se hubiera atrevido a decirle abiertamente cuánto la amaba y cómo la deseaba.

Hubieron de transcurrir muchos años para que el millonario reuniese la entereza necesaria para hacerle semejante confesión.

Ahora, todo era distinto.

Aunque Freeman la seguía deseando tanto o más que el primer día que sus ojos se habían fijado en aquella anatomía espléndida, agresiva, que rezumaba sensualidad por todos los poros de su naturaleza.

Ahora... Aquella tarde, Ed la observaba de soslayo viéndola evolucionar por el salón, convencido de que conforme pasaba el tiempo estaba más y más deseable.

La agresividad de todas sus formas se evidenciaba en el recorte opresivo, obsesivo casi, que la ceñida bata de seda hacía del escultural trazado de su cuerpo. Los pechos seguían siendo firmes y arrogantes, las nalgas rotundas y poderosas, esbeltas y bien torneadas sus largas piernas... Una figura, la de Vivien, que hubiesen envidiado muchas actrices que iban de *sexys* por el mundo del celuloide.

Ed no resistió más tiempo la pregunta que le quemaba en los labios:

—¿Supongo que lo que está sucediendo no afectará nuestras relaciones, verdad Vivien?

Ellaladeó la cabeza ofreciéndole una sonrisa con su boca carnosa de rojo arco, y repuso:

—¿Por qué había de hacerlo?

Él se encogió de hombros.

—No sé... A veces, cualquier cosa que sucede a nuestro alrededor, me preocupa. Pienso que puede ser motivo de que te pierda, ¡qué sé yo!

—Me casé porque descubrí a tiempo que te amaba a ti... —mintió ella con decisión—, no a tu dinero. No hay circunstancia en el mundo que pueda alejarme de tu lado.

Vivien fue hasta él y le besó.

—Esta mañana ha estado aquí la Policía —confesó él, inclinando la cabeza.

—Esperaba que me lo dijeras, Ed.

—¿Lo sabías?

Vivien le dedicó una de sus más persuasivas sonrisas.

—Lo sé ahora que me lo has dicho. ¿Por lo del asesinato de Vanessa?

Freeman le contó a su mujer la conversación que había mantenido con Alex Vernon. Y dijo acto seguido:

—Estoy... estoy inquieto.

—¿Por qué, amor mío?

Edward se mordió el labio inferior al tiempo que movía la cabeza de un lado para otro con cierto nerviosismo.

—Ni yo mismo sé el porqué, cariño. Tengo... miedo. Han sido asesinadas brutalmente dos personas. Una fue compañera nuestra en la Eton School, la otra, nuestro profesor de lenguaje... Y el criminal ha firmado sus muertes con la palabra *obsoleto*. Precisamente la que eligió Colman para calificarme y que había de servir luego para que todos os... —Su cerebro actuó con rapidez moviéndole a la rectificación—, se burlaran de mi durante mucho tiempo. *Obsoleto*... ¿Por qué se autodenomina así el asesino?

—¡Ed, Ed, por favor! Eso nada tiene que ver con nosotros.

—Hasta ahora, todas las víctimas estaban vinculadas a la Eton School. Tú y yo somos exalumnos de aquel centro. ¡El criminal emplea en su firma una palabra relacionada conmigo y con la escuela!

Vivien se abrazó patéticamente a su marido besándole los cabellos con excitante jadeo.

—No te ofusques con eso o acabarás volviéndote loco, Ed. Cariño... —Le alzó la barbilla para poner sus labios jugosos, encendidos, que succionaban más que besaban, en los de él—. Ed...

—Roncó luego—, me apetece mucho hacer el amor. De repente me han entrado unas ganas locas de sentir tu boca en mis pechos... ¡Oh, Ed, Ed! Poséeme enseguida... ¡Cómo estoy de excitada!

Iba a despojarse de la bata de seda para ofrecer sus senos caudalosos a la voracidad que acababa de despertar en su marido, cuando el musical e inoportuno campanilleo del teléfono abortó la explosión lujuriosa que estaba a punto de producirse.

—¡Mierda! —masculló Ed, estirando el brazo para atrapar el aparato. Preguntando—: ¿Quién...?

Su voz se mezcló con la del mayordomo que acababa de descolgar otro de los supletorios, diciendo:

—Residencia de los señores Freeman, ¿dígame?

—Déjalo, Marcus —le ordenó Edward—. Ya atiendo yo mismo la llamada.

—¿Señor Freeman...? —preguntaron.

—Sí. ¿Quién llama?

—Soy Belinda Whitman, señor Freeman. ¿Está la señora?

—¡Vaya! —exclamó con manifiesto malhumor. Y tapando la boca del microauricular a la vez que lo tendía a su mujer, dijo—: El ama de llaves de tu madre.

Vivien se puso de inmediato al teléfono.

—¿Qué ocurre, Belinda? —preguntó, sin andarse con rodeos.

Conforme Viven McGill fue escuchando las novedades que tenía que comunicarle Belinda Whitman, su rostro pecoso y lozano fue cambiando de color, oscureciéndose hasta cobrar de pronto un tinte cerúleo.

Ed, observándola, comenzó a experimentar un acuciente nerviosismo.

—Mamá ha sufrido un infarto —dijo ella con tono de sentencia al tiempo que colgaba el teléfono. Mirando a su marido con ademán contrariado, anunció—: Debo ir a Watford.

Freeman se mantuvo en silencio. Luego:

—Lo siento de veras, Vivien. Pero... pronto oscurecerá y me preocupa que viajes de noche. Te acompañaré —acabó, resuelto.

La extraordinaria pelirroja extendió hacia adelante la diestra con la palma vuelta a Ed, como frenando su decisión.

—No. Tú tienes obligaciones que atender. La fábrica y otras muchas cosas. No... Además, sólo son veinte millas. ¡Qué digo!

Tomaré la carretera vieja. Por ella se ahorran casi ocho millas de aquí a Watford.

—¡Vivien! Esa carretera está fatal. Llena de baches y pegotes. Insisto en...

—No cariño —suspiró luego. Añadiendo—: Si se produce un fatal desenlace sí tendrás que venir, pero mientras mamá siga con vida, tienes que ocuparte de tus negocios.

Freeman acarició con mirada amorosa el largo y rojo cabello de su mujer.

—¿Estás decidida?

Asintió.

—Ten entonces mucho cuidado. ¿Me lo prometes?

Vivien estalló otra vez los suyos, voraces y golosos, en los labios de Edward.

—Prometido. Cuando vuelva, haremos el amor un día seguido. Estaremos veinticuatro horas sin salir de la cama.

—No hables de eso porque impediré tu marcha...

—Lujurioso...

—¡Es que estás tan deseable, preciosa!

—Así quiero oírte, amor. Así... Quiero saber que me deseas siempre, SIEMPRE.

—Por favor, pequeña. Por favor...

—Sí —sonrió ella con mueca que Ed encontró muy excitante—. Debo partir. Mamá y yo hemos estado demasiado distanciadas casi siempre, pero la quiero.

CAPÍTULO 12

Vivien McGill sujetaba entre los dedos de su diestra con habilidad y pericia el volante de su fabuloso *sport* —un impresionante Aston Martin DBS que Ed le había regalado seis meses atrás—, conteniendo las ansias de pisar a fondo el pedal del gas.

La carretera no estaba en condiciones de cobijar el «trote» al que podía lanzarse aquel «devoramillas» si ella incrustaba a tope su pie en el acelerador. Ya se había pasado de la raya en un par de ocasiones, con el susto consiguiente, al elevarse el vehículo como un pura sangre luego de arreciar por encima de un bache, lo cual había hecho que en los últimos minutos extremara las precauciones.

Pero al adentrarse en una recta cuyo fin no alcanzaban a iluminar los potentes faros del auto, Vivien «pisó» con ganas. Y al revolucionar el motor con potencia, le pareció a la pelirroja que no «cantaba» como era debido.

Moviendo los pies con sincronizada rapidez, desembragó velozmente para efectuar una fulgurante reducción. Aceleró de nuevo hundiendo el embrague para recuperar una marcha más rápida y...

El Aston Martin DBS, incomprensiblemente, empezó a perder velocidad.

—¡Pero...!» —exclamó con el pensamiento—. «¿Qué diablos le pasa al motor?».

Su pie derecho seguía pisando, hundiéndose sobre el acelerador... ¡Y la marcha continuaba remitiendo!

—¡Lo que faltaba! —masculló ahora en voz alta—. Este jodido me va a dejar tirada. Y por aquí pasa un coche cada tres semanas... ¡Muévete, maldito seas!

Sucedió todo lo contrario.

Siguió perdiendo velocidad. Insistía Vivien en las reducciones y

acelerones cuando tras pisar el embrague entraba otra marcha, y al final, el impresionante deportivo metalizado en rojo dijo: «¡hasta aquí he llegado!» y se detuvo.

Por completo.

La pelirroja juró y maldijo en unos términos que hubiesen sonrojado a un carretero, pero el Aston Martin DBS siguió inmóvil, desentendiéndose con absoluta terquedad de la irritación que estaba causando a su propietaria.

Vivien saltó a tierra con los puños apretados, blandiéndolos en el aire en señal de franca impotencia.

Su desencanto fue en aumento cuando tras dar un vistazo en torno suyo comprobó que la carretera, a uno y otro lado, se encontraba flanqueada por un interminable páramo, angustiada y obviamente solitario.

No se veía ni una casa en tres o cuatro millas a la redonda. Ni una sola señal que advirtiese de la existencia de un ser vivo.

—¡Y que esto tenga que pasarme a mí! —le gritó al silencio y la oscuridad que la contornaban. Reconviniéndose en tono quedo—: Si le hubiera hecho caso a Ed... Al menos, si esto hubiese ocurrido estando juntos, podríamos habernos amado locamente detrás del coche. ¡Mierda! ¿Cómo se me ocurre pensar en el sexo cuando sé que mi madre se está muriendo? Quizás a estas horas ya haya muerto... ¡Oh, no, no! ¡Maldita sea! ¿Por qué he de pensar en estas cosas? Los nervios... Me he puesto muy nerviosa, sí.

Llegó a la conclusión de que no tenía más salida que esperar que otro coche que circulara en cualquier dirección por aquella vieja y destartalada carretera le prestara ayuda.

Pensó también que podían transcurrir muchas horas, quizá toda la noche, sin que asomara el «morro» por aquellos andurriales un solo vehículo impulsado a motor.

Para colmo de sus males, al no haber señales de vida en los alrededores, la falta de un teléfono desde el que comunicarse con Ed primero y con un servicio de urgencias después para que se hiciera cargo del Aston Martin DBS mientras su marido pasaba a recogerla, limitaba a cero su capacidad de maniobra.

—No estoy dispuesta a pasarme aquí ni una, ni media hora. Así que...

Echó a andar en dirección a Watford porque la lógica le aconsejó

ir acercándose hacia su punto de destino y no retroceder ni un palmo.

El paraje, desde luego, era siniestro.

Daba la sensación de haber sido fabricado por alguien con la finalidad de rodar allí exteriores para films de terror.

Mientras caminaba por la izquierda de la desigual y tortuosa carretera, el sistema nervioso de Vivien comenzó a hacer estragos en su inseguro aparato psíquico contagiado, sin duda, del tétrico entorno que la circundaba.

Todo se debió a que al levantar la mirada hacia el cielo creyó descubrir densos y ennegrecidos nubarrones que se prolongaban por aquel hasta doblarse, a lo lejos, uniéndose a la tierra en el lejano horizonte.

Imaginó, sin poder evitarlo, el aspecto que presentaría aquel páramo desolado si de repente estallaba una tormenta. Rayos zigzagueando en el cielo negro con su deslumbrante y desigual serpenteo, estallido atronador de truenos ensordecedores...

—¡Me voy a tirar por el primer barranco que encuentre, maldita sea! —gritó, buscando huir al juego siniestro de su mente que, muy a su pesar, la aterraba.

Avanzaba con lentitud y miedo entre la oscuridad y el silencio pidiéndole ahora a Dios que se apiadase de ella enviándole aunque fuera una vieja furgoneta en su ayuda. De repente, ¡pareció que sus preces habían sido escuchadas!

Dos círculos blancos brillaron donde para ella parecía terminarse la carretera, y se fueron agrandando conforme el vehículo a cuyo conductor le alumbraban el camino se iba acercando a Vivien.

—¡Es una bendición del cielo! —exclamó, situándose más al centro de la carretera, comenzando a mover ambos brazos en el aire como aspas de molinos para atraer la atención del tripulante de aquel coche milagroso que había aparecido por delante del horizonte para alivio y alegría de Vivien. Diciendo como si aquél pudiera escucharla—: ¡Supongo que ya me estás viendo!, ¿no?

Sí, en efecto.

Porque el vehículo fue aminorando la velocidad conforme se aproximaba a la esperanzada figura femenina.

La pelirroja se mantuvo ahora al borde, dentro de la cuneta, sin dejar de hacer señales que delataran su presencia.

Era un Ford Fiesta de color azul marino con una rayita gris de atrás adelante, cruzando en horizontal la carrocera.

—¡Nunca me he alegrado tanto de ver a alguien! —se exclamó ella cuando el coche se detuvo a su lado.

—¿De veras...?

La pregunta, sin saber exactamente el por qué, sobresaltó a la muchacha.

Quizá la entonación...

O el hecho inquietante de que el conductor del Ford Fiesta permanecía en la oscuridad sin que Vivien pudiera atisbar uno solo de sus rasgos faciales...

Puede que un presentimiento...

—¿Le importaría llevarme a la gasolinera más cercana? Necesito utilizar un teléfono.

Una sombra salió del coche cuando la pelirroja no lo esperaba y un sobresalto mayúsculo la hizo dar un brinco atrás, respingar sonoramente y llevarse ambas manos a la garganta.

—¿Tienes miedo, preciosa? ¿Porque supongo que sabes, que te han dicho muchos hombres lo preciosa que eres, verdad?

Aquella voz...

—Bueno, yo... —Apartó las manos para tragar saliva musitando unas palabras que se le antojaban sin sentido, incoherentes—. Es que... La oscuridad... ¿Comprende?

El bulto, cuyo rostro seguía envuelto en una inquietante y extraña penumbra, como si estuviera embozado, dio un par de pasos hacia Vivien.

Y sentenció:

—En la oscuridad, pequeña, es donde más me place amar a una mujer. Tenemos todo el tiempo del mundo. Todo...

Los ojos azules de la muchacha se dilataron, perdiendo la belleza pese a obtener un tamaño las pupilas que superaban aquel del que siempre se había sentido tan orgullosa y satisfecha.

—No... No entiendo...

—Deberías entender, pelirroja. He hablado de amar a una mujer. Y la única que veo por aquí... *eres tú*.

—¡Se lo suplico! Necesito ayuda. Mi madre... mi madre, que vive en Watford, ¡se está muriendo!

Él... soltó una funesta risita que hizo estremecer a Vivien de pies

a cabeza.

—¡Pobrecita mamá! Pero no te preocupes tanto por ella. Es por ti, pequeña, por ti... *por quien has de preocuparte*.

Toda la alegría que la había inundado al ver brillar los faros del coche en la lejanía se estaba esfumando para dejar paso a un sentimiento de tragedia, a una siniestra premonición que por instante cobraba vida y fuerza en el cerebro de la mujer.

Torpe y lentamente comenzó a caminar hacia atrás sin dejar por ello de buscar, con ojos cada vez más dilatados, algún signo humano en las facciones que él debía tener y que cuidaba mucho que permanecieran en la tiniebla.

¿Signo humano...?

¿Era, en verdad, *humano*?

—No huyas, querida. No huyas... Lo que te he propuesto es delicioso. Amor... Amar...

—¿Quién eres? ¡Enséñame tu cara!

—¿Piensas que debo ser alguien que forzosamente conoces?

—Sí... —susurró la pelirroja sin apenas voz.

—¿Por qué? —El tono quebrado y metálico al mismo tiempo, se mecía en una inflexión letal, sádica. Añadió, claramente ominoso—: ¿No será que estás temiendo que yo sea la encarnación de tu conciencia? De una conciencia que lleva años acusándote de tu maldad... Recordándote lo cruel que un día y otro fuiste conmigo.

Vivien McGill, señora de Freeman, estaba tan aterrorizada como desconcertada.

—¿Con... contigo? —repitió, de la misma manera que una imagen se repetía en un espejo.

Él, ahora, apartó de su rostro las solapas del macfarlán con que lo cubría, dejando que la borrascosa luz del cielo le alcanzara.

—¡¡NOOOOOOOO!! —gritó la mujer al reconocerlo.

Fue un grito de horror.

Un grito en el que Vivien plasmaba no sólo el terror que definitivamente había cobrado dentro de ella razón de ser, sino el convencimiento de que su última hora había llegado... De que iba a seguir el mismo camino que Vanessa y Reginald Colman.

Descubrir en aquel momento la identidad de «el Obsoleto», hecho este que ella tenía que haber imaginado antes que nadie... Descubrir los maquiavelismos sangrientos que vivían en aquella

mente enloquecida por la tortura masoquista a que se había visto sometida durante años... Descubrir la verdad ahora, la verdad completa y desnuda, equivalía a descubrir también que su sentencia de muerte hacía mucho tiempo que estaba firmada.

Entendía también que lo que menos debía preocuparla en aquel instante era, precisamente, el hecho físico de morir. Lo verdaderamente preocupante, lo terrible, lo monstruoso... era saber, intuir, lo que él se disponía a hacerle antes de darle muerte.

—Estás pensando que tengo razón, ¿verdad?

Vivien McGill se había quedado por completo inmóvil. Lo mismo que si su espalda hubiese chocado contra un muro infranqueable que impidiera el retroceso, la huida.

¿Huir...?

¿Para qué?

¿Acaso podía huir de él?

—Aún estamos a tiempo —musitó sin apenas convencimiento. Como si estuviera obligada a decir algo y dijera lo que suponía más consonante. Insistiendo—: De veras. Podemos olvidar el pasado... ¡amarnos, sí! Pero no de esta manera... Siempre te he querido, ¡lo juro! Desde siempre, desde el primer día... ¡Por favor, créeme!

—Sólo creo en mi verdad, en mi razón, en mi justicia... ¡En la justicia de «el Obsoleto»!

Ella unió ambas manos en muda y patética súplica.

—Dame una oportunidad...

—Hemos vuelto atrás —habló él como si no la hubiera oído. Añadiendo—: Ahora es entonces... ¡Y QUIERO QUE SUCEDA LO QUE SUCEDIÓ ENTONCES!

—¡No, por Dios!

—Desnúdate de cintura para abajo, Vivien —más que hablar, su voz parecía la ronca onomatopeya de un animal salvaje ávido de sangre. Gritó—: ¡HAZLO! Quiero saber cómo te las arreglas para sacar ese culazo del pantalón... ¿Recuerdas, Vivien? ¡Quiero saberlo!

—No... no me humilles así, te lo suplico. Mátame si es que necesitas hacerlo para ponerte en paz con los desatinos y morbosidades que hierven en tu enloquecido cerebro...

—¡Quítate los pantalones, Vivien! ¡¡QUÍTATELOS!!

El terror cobró invisibles manos en la oscuridad que abofetearon

el rostro bello y sensual de la hembra. Comprendiendo ella que se trataba sólo del pánico que la hacía zozobrar, se dispuso a doblegarse a las exigencias lúbricas, execrables, de «el Obsoleto».

—Ponte de espaldas a mí... ¡Quiero verlo!

Vivien McGill comenzó a llorar de histeria mientras, vuelta de espaldas a él, se despojaba del pantalón y la braguita, sintiendo en lo más profundo de sí el dolor terrible de la humillación que él le infligía, ¡mil veces más cruel que la propia muerte!

—Es un culazo precioso, sí. Grande... ¡Muy grande! Tendré que reducirte para que no sufras tanto a la hora de meterlo dentro de los tejanos... Será muy sencillo, Vivien. Muy sencillo...

Ella, que pese a imaginar cualquier aberración no había alcanzado la verdadera intencionalidad del loco, lanzó un aullido desesperado, una queja ronca y brutal que oscuridad y silencio recibieron con indiferencia, al comprender lo que realmente se proponía aquel maníaco degenerado.

—¡Nooooooooooooooooo! ¡No hagas eso, por piedad!

Tras el quejido lastimero y patético trató de saltar hacia delante, cosa que no consiguió debido a lo incómodo y vejatorio de su posición.

Surgió del interior del Macferlán, lo mismo que una dentellada de azules esquiras mordiendo las tinieblas, el afilado florete que él manejaba con extraordinaria habilidad.

El zigzag en el aire...

¡ZAS!

El bramido de rabia, impotencia y dolor:

—¡¡¡AAAAAAAAAAAAAAAAAG!!!

Un glúteo de Vivien McGill rebanado sangrientamente.

—¡Asesinoooooooooooo! —gritaba, enloquecida, tratando de huir sin saber cómo ni adonde, mientras un caudal rojizo manaba de la parte inferior de su espalda.

—¡Ya no tendrás problemas para ponerte pantalones! —Roncaba él, inmerso en aquel placer diabólico que parecía proporcionarle el derramamiento y la presencia de la sangre—. ¡Ya no excitarás a los hombres con el contorno explosivo de tus impúdicas nalgas! ¡Ya no...!

La pelirroja había conseguido alzarse en medio del huracán lacerante que azotaba su ensangrentada anatomía y «el Obsoleto»,

rugiendo, barbotando insultos y blasfemias, saltó sobre ella blandiendo de nuevo el florete.

¡ZAS!

El otro glúteo quedó cercenado en el acto.

Vivien, recibiendo el rescoldo postrero de una energía que escapaba de su cuerpo con velocidad vertiginosa, se revolvió, crispada, convertido su rostro en una máscara alucinante de horrores, para gritarle, escupirle, con furia paroxística:

—¡Loco... eres un loco degenerado! ¡Estás muerto, MUERTO! ¡Muerto desde antes de nacer! ¡Locooooooooooooooooooooo!

«El Obsoleto» reaccionó frente a lo que consideraba rebeldía, desafío, accionando el acero con brutalidad sin límites; sembrando el rostro, dantesco ahora, de la mujer con profusión de surcos y heridas que convirtieron la faz de Vivien McGill en un lienzo infernal donde el rojo privaba sobre el rojo.

—¡Maldita! —gritaba enardecido—. ¡Maldita mil veces! ¡Zorra!

Seguía, en su demente vaivén, proyectando el acero ensangrentado contra la cara de la mujer.

Hasta que la hoja del florete, en una acción centelleante del maníaco, rebanó limpia y rojamente la garganta de Vivien McGill.

«El Obsoleto», tirando el acero a un lado, se inclinó, recogiendo la cabeza por los pelirrojos cabellos y alzándola hasta la altura de la suya; hasta que los ojos vidriosos, inexpresivos, parecieron reflejar los de él.

Despacio, con la reverencia propia de un rito religioso, él... *fue acercando lentamente su boca a la de la muerta.*

Notando, en el desvarío de aquel beso delirante, cómo una bocanada de sangre se introducía en su garganta.

CAPÍTULO 13

Ed Freeman se sobrecogía más y más conforme avanzaba, empujado por una extraña fuerza a la que le resultaba inútil oponerse, por aquel maquiavélico pasadizo en el que se ofrecían a sus ojos, desorbitados por el pánico y la angustia, mil escenas dantescas que le proyectaban más allá de las fronteras de lo humano situándolo en un auténtico paraíso de horrores.

La angustia se apoderaba de él produciéndole una mortal sensación de vacío. Era algo muy parecido a caminar por la última calle de la vida en espera de la amplia avenida de la muerte.

De repente cayó, dando tumbos y volteretas, por un siniestro e interminable tobogán al término del cual descubrió otro pasillo, parecido éste a la sala de espejos cómicos de un parque de atracciones, donde le asaltaron mil imágenes infernales que le obsequiaban con risas furiosas, enloquecidas, mientras hacían gestos tan macabros como burlones.

El primer rostro que fue capaz de identificar era el de Vanessa Lindsay, quien sin cesar en sus infernales risotadas, le preguntaba:

»—¿Cuándo volveremos a hacer el amor, Ed? Si vienes adonde estoy yo tendremos toda la Eternidad para amarnos...».

»—¡No! —gritaba él, tapándose la cara con ambas manos—. ¡No! ¡Aléjate de mí! ¡Vete para siempre!».

Pudo huir a la imagen de la rubia que por lo visto renunciaba a perseguirle, para tropezar, de pronto, con la mirada grave, acusadora, de Reginald Colman, que entre risotadas siniestras le recordaba:

»—¡Es usted un *obsoleto*, señor Freeman! Usted nació *obsoleto*... y morirá *obsoleto*».

»—¡Váyase, profesor Colman! ¡Váyase de una maldita vez! ¡Está muerto! ¡Usted está muerto! ¡MUERTOooooooooo!».

Desapareció, sí.

Cuando Ed creía haberse librado de aquel maremágnum de horrores apareció delante de sus estrábicas pupilas el rostro pecoso, sensual... ensangrentado, de Vivien McGill.

»—¡Amor mío! —gritó Freeman con desesperación—. Tú no... ¡Tú no puedes estar muerta!».

»—Lo estoy, Ed... Lo estoy. “El Obsoleto” acaba de asesinarme. Tengo un problema, Ed, que no es el de estar muerta...».

»—¿Cuál, pequeña? ¿Cuál? ¡Dímelo!».

»—Ahora, no puedo ponerme pantalones porque...».

»—¡Noooooooooooooo!» —aulló el millonario, tapándose otra vez el rostro.

Seguidamente dio un brinco empezando a mover las manos con desesperación, las cuales se habían enredado en el embozo de la colcha y sábana que semejaban viscosos tentáculos de un pulpo, complacido en torturarlo.

—¡Vivien! —chilló, volviendo a la realidad.

Saliendo de la pesadilla que había conturbado su sueño.

—Vivien... —repitió, mirando a su alrededor con ojos que rodaban al linde de las órbitas.

Fue al girar la cara.

Cuando descubrió que Vivien estaba allí.

A su lado.

Con la cabeza torcida sobre la almohada, separada del cuerpo, bañado todo éste en un mar de sangre...

El grito, aullido infrahumano que fue capaz de poner en el ámbito las cuerdas vocales de Edward Freeman, amenazando con estallar dentro de la garganta, fue espeluznante.

Llegando a conmovier los cimientos del edificio.

CAPÍTULO 14

Eran las seis de la madrugada cuando Alex Vernon y su ayudante Newman hacían acto de presencia en aquella casa que era como un sueño. Con sus tres alas y sus veinte habitaciones.

Marcus Olivier, el mayordomo, demudado el rostro y dominando con dificultad el temblor que arreciaba en su cuerpo, les recibió con apagada cortesía.

—Ha sido horrible, inspector.

—¿Y el señor Freeman? ¿Cómo se encuentra?

—En estos momentos está con él Winston Castle, médico de cabecera de la familia. Creo que le ha administrado un sedante para que se relaje. Estaba histérico, inspector. Histérico por completo.

Mientras Cary Newman echaba un vistazo por el vestíbulo y salas adyacentes al pasillo que se abría frente a aquél, Vernon tomó por el brazo al mayordomo llevándolo hacia un rincón.

Le tranquilizó:

—Procure calmarse, amigo. Y cuénteme lo que sepa de lo sucedido.

Marcus Olivier tragó saliva.

—Ayer tarde llamaron desde Watford. Era el ama de llaves de *mistress* McGill, madre de la señora, para comunicar que ella había sufrido un infarto. La señorita Vivien emprendió viaje una hora más tarde a bordo de su coche deportivo.

—¿Cómo no la acompañó el señor?

—Por decisión de la propia señorita —repuso el mayordomo. Ampliando—: Cuando se despedían en la rotonda que hay frente al porche, mientras yo ponía el maletín en el portaequipajes, escuché cómo el señor insistía una y otra vez en acompañarla, a lo que ella se negó reiteradamente alegando que él debía atender sus asuntos de negocios. Aún recuerdo que el señor, resignado, le hizo una última advertencia rogándole que no condujese por la carretera

vieja; recordándole el estado de la misma. Pero la señorita Vivien le dijo que por allí se ahorraría ocho millas de viaje.

El fámulo hizo un alto.

Tras el silencio y con la cabeza inclinada, dijo:

—La siguiente noticia de la señorita la he tenido después de que el señor, sobre las cuatro y media de la madrugada, lanzara ese aullido horrendo que nos ha conmovido a todos. He sido el primero en correr a su habitación y...

Entrecortadamente le explicó lo que había visto. Terminando:

—Luego, el señor se ha lanzado sobre mí, abrazándome en medio de una histeria convulsiva y se ha desmayado. Esto es todo, inspector.

—Gracias, Marcus —dijo, hosco el semblante y fúnebre la expresión, el miembro de Scotland Yard.

En aquel momento, un hombre delgado y bajito descendía por la escalera de mármol, procedente del piso superior, en dirección al vestíbulo, llevando un maletín.

—¿El doctor, supongo? —interrogó Vernon al mayordomo con las cejas arqueadas.

—Sí...

El policía le salió al encuentro, inquiriendo:

—¿Qué tal se encuentra el señor Freeman, doctor? —Y le mostraba su placa.

—Sufre un fuerte *shock* psíquico causado por la impresión... Cosa lógica, claro. Ahora está bajo los efectos de un ansiolítico que acabo de administrarle, el cual le mantendrá dormido por espacio de cinco o seis horas. Le ruego, inspector, que aun entendiendo que debe usted cumplir con su obligación, espere a que reaccione para hablar con él. De todas formas, en su estado de *shock* le habría resultado imposible obtener del señor Freeman respuestas coherentes.

—Comprendo, doctor. Esperaré...

Justo en el momento que Winston Castle abandonaba la residencia llegó la ambulancia que debía trasladar a la Morgue el cadáver decapitado y mutilado de Vivien.

También hicieron acto de presencia los fotógrafos del Departamento y los expertos en dactiloscopia.

Vernon, sin formular comentario alguno y alejándose de sus

colegas, llamó a su ayudante:

—¡Cary!

—¿Sí, inspector? —preguntó el muchacho, acercándose—. ¿Alguna novedad?

Sin saber por qué y antes de oír la respuesta de su superior, Cary Newman tuvo la certeza de que algo extraño, extraño e importante a la vez, ocurría dentro del cerebro de Vernon.

—Nada. Nada... Volvamos al Yard. Aquí está todo hecho. Además, según prescripción facultativa, debemos esperar seis horas para obtener respuestas coherentes del señor Freeman.

—¿Qué haremos entretanto, señor?

La contestación de Vernon dejó boquiabierto a su auxiliar:

—Tú, no sé. Yo... pensar con calma sobre cómo voy a detener al asesino. —Newman se pellizcó ambas mejillas.

—¿Me está diciendo que ya sabe... *que conoce la identidad de «el Obsoleto»*?

Cabeceó afirmativo.

—Sí, hijo. Eso te estoy diciendo.

CAPÍTULO 15

Pese a que el inspector había hecho un alto en su relato, Cary Newman se mantuvo en silencio.

Dentro de aquel silencio, entre admirado y respetuoso, con que había escuchado la narración de su jefe.

—Estaba todo tan claro —prosiguió Alex Vernon tras la pausa—, era tan terriblemente lógico, que de un modo inconsciente me había negado a admitirlo así. Lo más grave de mi error, de no haber reaccionado a tiempo, es que de hacerlo habría impedido el horrible asesinato de Vivien McGill. El forense Howard ya me dio la solución, sin él saberlo, claro: *la palabra*, sí. Mis conversaciones con Jeremy Adams y Edward Freeman, junto a la autorizada opinión del psiquiatra Percival Kirpatrick, dejaban el asunto visto para sentencia. Pero he sido lo suficiente estúpido como para permanecer cruzado de brazos lo mismo que un pasmarote.

—Pues yo pienso, señor —intervino Newman ahora—, que su capacidad deductiva es asombrosa.

Vernon sonrió:

—Seguro que el superintendente no opinará lo mismo que tú cuando le explique la verdad.

—¿Por qué ha de hacerlo? Él no está dentro de su cerebro, no tiene por qué saber cuándo llegó usted, inconscientemente, a la conclusión de quién era «el Obsoleto».

—Estoy obligado a decírselo.

—¿Por qué? —insistió con terquedad el joven policía.

—Es algo que no entenderías, Cary. Soy un tipo raro, lleno de traumas y prejuicios, aunque parezca todo lo contrario. Y me gusta, sobre todo, estar en paz con mi propia conciencia.

—Creo que sí, inspector. Creo que le entiendo perfectamente.

—¿Sabes que podemos hacer, muchacho?

—No...

—Ir a comer un bocado y a jugar un rato con las tragaperras, ¿eh? Me queda poco dinero para terminar el mes y si tengo la misma suerte que ayer...

—Envidio el dominio que usted ejerce sobre sus emociones, señor.

—¿De dónde sacas tú que estoy emocionado?

—He querido decir, nervioso.

El inspector miró al otro con sonrisa apagada montando ceja sobre ceja.

—¿Nervioso? ¡Vaya tontería! Mis nervios corren parejos con mis caudales. Anda, ¡vamos a comer algo!

Salieron al punto del despacho para regresar cuando ya el mediodía quedaba ampliamente rebasado.

Cerca de las tres de la tarde, Vernon anunció a su ayudante:

—Lo que te he dicho, Cary. Coge un coche patrulla con la dotación al completo y tomad posiciones alrededor del lugar. Yo telefonaré exactamente dentro de media hora. ¿De acuerdo?

Cabeceó afirmativo Newman.

Treinta minutos justo después de que el melenudo policía hubiera salido del despacho, Vernon lo hizo.

Telefonar.

Cuando atendieron su llamada, y luego de identificarse, pidió hablar con una persona, la cual tuvo al otro extremo del cable un par de minutos más tarde.

Le preguntó:

—¿Qué tal se siente, señor Freeman?

—Destrozado, inspector. Destrozado... ¡Ha sido terrible! ¡Acabaré volviéndome loco! Inspector, esto... ya sé que ha estado antes en mi casa. Le pido disculpas por no haber...

—No es necesario, señor Freeman. En su estado era comprensible que no pudiese atender a nadie. Dentro de una hora estaré en su domicilio. ¿Sabe para qué, verdad?

Una vacilación en la otra punta del tendido telefónico, y:

—Bueno, sí...

—*Para detenerle* —cortó el inspector Vernon con suave energía.

Su interlocutor se quedó en suspenso. Jadeando. Haciéndole saber a través del hilo lo agitado de su respiración.

—¡Pero...!

—Sólo usted, señor Freeman, sabía que su esposa iba a viajar a Watford. Sólo usted podía salirle al encuentro, asesinarla y devolverla a casa horriblemente mutilada. Sólo usted, señor Freeman, podía ser «el Obsoleto». Lo supe desde el mismo instante que salí de su residencia luego de que hubiéramos conversado.

Edward Freeman se mantenía en espeso silencio. Y seguía respirando fatigosa, agitadamente.

—Durante nuestro diálogo pronunció una frase —dijo el inspector— que era toda una revelación. Fue refiriéndose a su compañero de estudios Adams. ¿Recuerda? *Jeremy Adams es incapaz de hacer daño físico a nadie*. Eso me dio a entender que usted establecía claras diferenciaciones entre el daño físico y el moral, lamentándose mucho más de las consecuencias de este último. Comprensible, Freeman. Usted quedó moral y psíquicamente dañado el día en que Reginald Colman le calificó de «obsoleto», dando pie a las burlas y humillaciones de sus compañeros de clase. Aquello se convirtió en una obsesión. El dolor permaneció, a lo largo del tiempo, indeleble en su mente. Acabando por trastornarla.

»Deseaba a Vanessa Lindsay, pero la odiaba al mismo tiempo por lo que le hizo entonces. Amaba a Vivien, pero la despreciaba por su comportamiento hacia usted cuando era un muchacho complicado e introvertido, lleno de temores y complejos. Deseaba fervientemente la muerte de Colman y Adams por considerarlos culpables directos de su ruina moral...

»Supongo que se ha pasado años enteros luchando contra el impulso irrefrenable de la venganza, enloqueciendo noche tras noche pugnando por escapar a la vehemente atracción del mal, a su morbosa fascinación...

Hizo una pausa fugaz para concluir en estos términos:

—Hasta que un día, Freeman, su cerebro estalló en mil pedazos. Y el plan criminal se puso en marcha. Firmó sus crímenes con el sobrenombre de «el Obsoleto» convencido de que las sospechas de la Policía se encaminarían hacia Jeremy Adams cuando, en el curso de la investigación, se alcanzara lo sucedido en 1972 en el aula de lenguaje de la Eton School. Sería fácil deducir que Adams, por razones obvias, era el autor de unos crímenes cuya culpabilidad pretendía cargarle a usted. Por eso respetó su vida. ¿No pensó,

señor Freeman, que de haber sido Jeremy el verdadero culpable habría resultado absurdo su modo de proceder? Normalmente, un asesino no suele dejar pistas tan evidentes de su identidad. No dice, en una palabra: «Yo, Jeremy Adams, quiero que culpen de estos crímenes a Edward Freeman».

El aludido sólo pronunció esta frase:

—Todo eso tendrá que probarlo, inspector.

—Por supuesto.

Vernon escuchó el «¡clic!» al otro extremo, interrumpiendo la comunicación.

Luego, tras colgar, salió lentamente de la oficina.

CAPÍTULO 16

Cuando se apeó del taxi en los alrededores del cruce de Westminster Bridge con Kennington Road, un Cary Newman muy agitado le salió al encuentro, exclamando:

—¡Hace apenas cinco minutos ha sonado dentro de la casa el estallido de un disparo!

Vernon, sin apenas inmutarse, comentó:

—Vayamos a ver a quién se le ha disparado una pistola.

Instantes después pulsaban el timbre de la residencia.

Acudió Marcus Olivier, demudado como en la ocasión anterior, tembloroso, con los ojos arrasados en lágrimas; gritando:

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Menos mal que ha llegado usted, inspector! ¡Qué tragedia tan horrible la que ha caído sobre esta casa!

—Cálmese, Marcus. ¿Qué sucede ahora?

Marcus Olivier exclamó:

—¡Inspector, inspector! ¿Cómo puede pedirme calma en estas circunstancias?

Alex Vernon se mantuvo en silencio observándole con mirada interrogante.

Dijo el mayordomo, solemne:

—El señor... *¡acaba de suicidarse!*

El hombre de Scotland Yard siguió empeñado en su silencio.

Después, sin emoción aparente, dijo a su subalterno:

—Encárgate de todo, Cary. Voy a dar un paseo. Necesito respirar aire fresco.

Dando media vuelta seguidamente se alejó, despacio, hacia el sendero enarenado que serpenteaba por el jardín que daba marco a la espléndida casa.

Un sueño, sí.

Porque el inspector Alex Vernon, una casa como aquélla, sólo

podía concebirla en sueños.

FIN

Si le atrae lo desconocido

GALAXIA 2000

colmará sus aficiones

Si desea saber cómo puede
ser la vida en otros mundos

GALAXIA 2000

le informará

Si su fantasía le lleva a
evadirse de este siglo XX

GALAXIA 2000

le transportará al futuro

La imaginación de los
grandes AUTORES puesta a
su servicio en sus mejores
obras, rigurosamente
inéditas, que hallará en la
Colección

GALAXIA 2000

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.

